



ARTURO
MOJICA

EL ORGULLO DE SER UNO MISMO



DIRECTORIO

DR. JAVIER SALDAÑA ALMAZÁN
RECTOR DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE GUERRERO

MC. EDNA JIMÉNEZ ZAMORA
DIRECTORA DE CULTURA DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE GUERRERO

LIC. CARLOS ALBERTO MECINO VENEGAS
RESPONSABLE DEL MUSEO UNIVERSIDAD DE ARTE CONTEMPORÁNEO MUAC-UAGRO

FUNDACIÓN ARTURO MOJICA AC

SELENE MOJICA MÉNDEZ
KONRAD MÜLLER OLMEDO
NATALIA MÜLLER MOJICA
DANIEL MÜLLER MOJICA
ALEJANDRO MOJICA VÁZQUEZ
ALBERTO TEODORO MOJICA THOMPSON
ALEJANDRO MOJICA DÍAZ

AGRADECIMIENTO ESPECIAL AL MAESTRO CARLOS MACIEL *KIJANO*,
POR SU VALIOSO APOYO EN LA REALIZACIÓN DE ESTA EXPOSICIÓN

DISEÑO DEL CATÁLOGO: ALEJANDRO MOJICA DÍAZ



LA OBRA Y SU MAPA

CARLOS MACIEL SÁNCHEZ

En el tiempo compacto
de los dos mil trescientos metros de la altura,
los paisajes están en un solo acto.
El aire es siempre exacto
en su tiempo tonal; sabe escultura
porque un pintor en tan vastos andamios
puede fraguar los delirantes cadmios
y acompañar geométricas figuras.

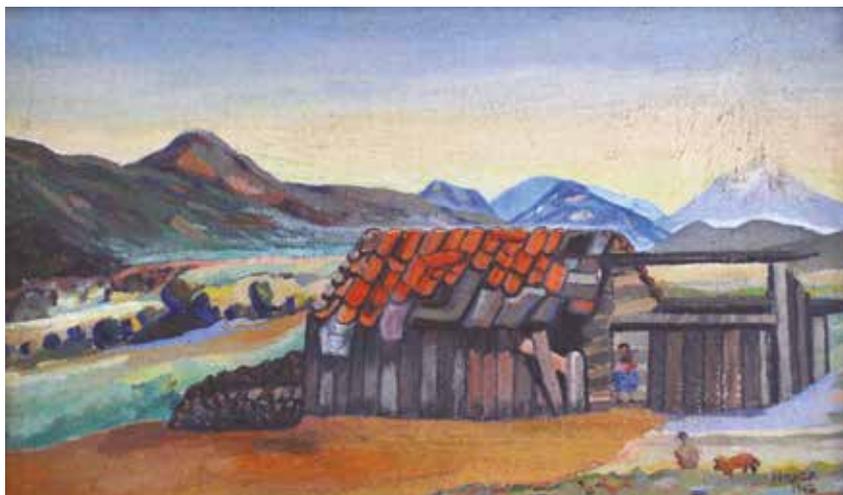
CARLOS PELLICER
Retórica del paisaje
[fragmento]

El paisaje

Aunque la tradición paisajística se remonta a las culturas prehispánicas en las que la representación de la naturaleza tenía propósitos rituales y a veces bélicos, en nuestro país es de cuño reciente, pero de gran importancia. Ha sido el paisaje, en parte el retrato como género, lo que ha forjado un arte mexicano como tal, en esa primera etapa de búsqueda de una identidad compleja y evasiva, como lo fue después de la época de emancipación.

Es curioso que por la historia de la pintura en México se comprueba que la cultura nacional ha estado expuesta desde la Conquista a la mirada de los otros y vinculada a una tendencia cosmopolita occidental. La cultura mestiza forjada con la Conquista es quizá la mejor prueba, pero es a partir del periodo independiente cuando encontramos con mayor frecuencia el testimonio de viajeros extranjeros en sus diarios y en otros escritos sobre nuestro país. También en imágenes gráficas y pictóricas, en menor medida. Para esa época, aparecen géneros poco conocidos en México, como el paisaje y los temas arqueológicos y etnográficos, cuya difusión se reduce casi a Europa y Norteamérica. Es probable que por esta razón se consideren estas reproducciones más como una proyección mexicana en el extranjero que como una influencia importante en las artes plásticas del país.

Sucedía con frecuencia que los trabajos se hicieran directamente a partir de la observación, que el boceto de un aficionado, e incluso el relato de un aventurero, sirvieran luego como base para ejecutar un grabado, una litografía o una



CHOZA CON CUCHI
Óleo sobre tela, 1942
ABAJO, FUENTE DEL
JARDÍN BORDA
Óleo sobre tela, 1946

acuarela por un profesional, obras que por lo general se utilizaban para ilustrar relatos de viajeros. En otras ocasiones, servían de sostén gráfico para ensayos o álbumes sobre el paisaje, la vida, los usos y costumbres de México.

Los caracterizaba un estilo europeizante, poco o nada relacionado con el paisaje mexicano, tratándose más de una reproducción realista, una reinención y traslación del horizonte mexicano al paisaje europeo. Fue con la llegada de Eugenio Landesio cuando ciertas atmósferas nacionales del paisaje empezaron a tener tintes identitarios, vinculándose más a la geografía nacional. Casimiro Castro construyó una nueva forma de plasmar el paisaje patrio, pero será hasta mediados del siglo XIX cuando José María Velasco establece las bases de una tradición paisajística por entero mexicana, en el término literal de la palabra: brillantez de color, luz y rica gama de tonalidades, transparencia de atmósferas

paisajísticas, melancolía de las formas y salvaje presencia de inmensas y contrastantes latitudes.

A partir de la segunda mitad del XIX el paisaje se convierte no sólo en el género pictórico por excelencia, sino además en la principal fuente de inspiración de la pintura mexicana. Uno de grandes contrastes geográficos en que los húmedos trópicos se contraponen a las secas planicies del norte.

Esta tradición se ha mantenido ininterrumpida por los paisajistas y artistas que la practicaron en su etapa de formación académica, como en ciertos momentos de deseo ya en su etapa de definición estilística. Entre los grupos especializados que abarcan generaciones ocupa un lugar destacado Arturo Mojica Delgado.

Del sauna cálido de Pungarabato, hoy Ciudad Altamirano, al frescor primaveral de Cuernavaca

Sigmund Freud dijo que «la infancia es destino», pero la vida de Arturo Mojica lo desmiente, acaso por aquella frase de Albert Einstein: «Somos arquitectos de nuestros propios destinos». Conviene, por tanto, echar un vistazo a la existencia de Arturo Mojica, guerrerense por nacimiento, asentado desde los 13 años en Cuernavaca, Morelos, pero cosmopolita por actitud y convicción.

Si cuando era niño a Mojica se le hubiera preguntado si el artista nace o se hace, su respuesta hubiera sido que *nace*, porque percibiéndose respondería enseguida de manera adecuada. Artista nato que desarrolló un magnífico

mundo espiritual, vivió el dilema de vivir del arte o para el arte. Optó por lo último. Por ello, desarrolló primero una intensa actividad empresarial para dedicarse con disciplina a la pintura y vivir sin la zozobra de vender su obra, sobre todo en el reducido e incierto mercado mexicano del arte, y así estar en condiciones de vivir para el arte, pintar al margen de los gustos y sin sed de trascendencia con el propósito de crear con entera libertad, no para conceder, no para gustar a los otros, sino para exigirse. Eso es lo que hizo Arturo Mojica.

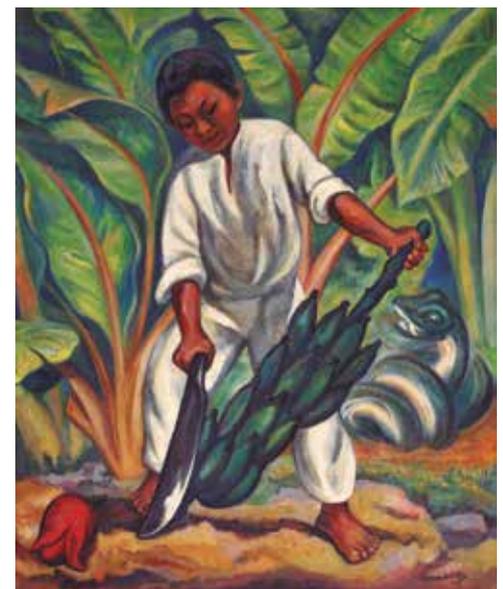
Nació en Pungarabato, Guerrero (hoy Ciudad Altamirano), el 30 de julio de 1925, el menor de tres hijos: Constanza, Guadalupe y Arturo. Sus padres fueron José Teodoro Mojica Pérez y Petra Delgado Casimiro. A los 3 años de edad sus padres se separaron. Su madre decidió marcharse del lugar y dejó a sus tres hijos con los abuelos maternos. Bajo el cuidado del abuelo, la niñez de Arturo transcurrió entre el trabajo arduo, las levantadas de madrugada para salir al monte o a los ríos en busca de leña o alimentos y, desde luego, las escapadas para jugar. Esto trauma a muchos, pero a otros los fortalece, quizá porque encuentran la salvación en los pliegues de su sensibilidad. Digo que le ocurrió a Arturo, quien a los 7 años se refugiaba en el río para dibujar con un palito sobre la arena lo que veía y le maravillaba.

Arturo recuerda que cierto día en que sus abuelos se enteraron de que su padre los buscaba para llevárselos, sus viejos decidieron ocultarse en La Suriana, una minera de Temixco, Guerrero. Ahí permanecieron hasta que volvieron a Pungarabato para vivir en La Tejería, y es en ese lugar de donde Arturo recuerda uno de los momentos más felices de su vida, cuando por segunda vez se encuentra con su padre y del que no se separaría hasta su muerte, cuando ya había cumplido 12 años.

En ese tiempo, entre los aprietos económicos familiares, el trabajo prematuro como asalariado y una estrecha relación de amor de padre e hijo, Arturo Mojica forjó su carácter. Los numerosos recuerdos, junto con los sinsabores, pero también las vivencias estéticas por su contacto con la naturaleza, aguzaron su sensibilidad y manera de ver el mundo, en donde sólo cabía su decisión de ser otro. «Mi padre nos llevó a vivir a un ranchito que le decían El Rincón de San Francisco, que era una de las tantas ‘cuadrillas’ [pequeñas rancherías con pocos habitantes] que estaban junto al río, que colindan con el estado de Michoacán».¹

Entre los juegos infantiles estaba el modelado de juguetes de barro que le regalaban en La Tejería. Después de cocerse leña de huizache y boñiga de vaca, se transformaban en figurillas maravillosas, las que formaban parte ya de la sensibilidad artística de Arturo Mojica.

¹ *El Orgullo de Ser Uno Mismo*. Mecanoescrito, s/f, p.4.



CRUZ INTERIOR

Óleo sobre tela, 1946

ABAJO, ARTURO DE GUACHI

Óleo de Roberto Cueva del Río



Arturo Mojica con su
amigo Prosper Phillips
Gicher, cuando fundó
Central de Pinturas,
1947

¡Cómo nos divertíamos pasándonos de un lado al otro del río! Lo hacíamos en unos lanchones —a los que llamábamos barcos— y yo aprovechaba para ir siempre colgado con los barqueros, pegado en la parte trasera del lanchón. Recuerdo muy bien que ya un poco más grande, tendría yo unos 6 o 7 años, y con mi amigo Toño Hernández nos íbamos a nadar al río. Andábamos desnudos. Nos gustaba mucho hacer dibujos de animalitos; dibujábamos garzas, patos y caimanes, todo cuanto teníamos enfrente.²

A los 8 años, luego de una pelea entre sus hermanas, y con el pretexto de buscar a su madre, se va de casa y llega, después de varios días de incidencias, polvo y caminos, hasta Temixco, Guerrero, donde sabía que ella vivía. Unos parientes que ya le estaban buscando lo regresaron a casa.

Mi padre me quería mucho y vi cómo sus ojos se llenaron de agua. Interminables hilos salobres cubrían el blanco rostro de mi padre; sentí mucha pena porque si a alguien yo amé en la vida fue a mi padre. Mi padre se quejaba de dolor y muchas molestias en las piernas.³

Desde ese momento y hasta la muerte de su progenitor, Arturo Mojica se desempeñó en muchos trabajos para ayudar al sostén de la casa, mientras el deterioro físico de su padre aumentaba. «A los doce años me enfrenté a uno de los dolores más fuertes de mi vida: la muerte de mi padre. Ya nada me ataba al pueblo, ya no había una razón para seguir ahí. Y es entonces cuando decido partir».⁴

De nueva cuenta, el objetivo de Arturo Mojica es encontrar a su madre y emprende el camino, esta vez definitivo y con rumbo a Cuernavaca, donde sabe que ella vive. «A la muerte de mi padre, yo voy caminando con mi amigo a quien le decíamos *El Coyote*; caminamos juntos hasta llegar a Teloloapan. Ahí mi amigo se fue por su lado y yo por el mío. Anduvimos los cerros y las brechitas».⁵

En Teloloapan encuentra al líder sindical Luis Arriaga Díaz, su padrino, con quien habrá de vivir algún tiempo, y quien le daría otro más de los tantos trabajos de Arturo en su infancia.

Me hizo contador de carretilleros porque yo ya medio sabía leer. Allá en el pueblo ya había cursado el silabario. Había entrado a la escuela con mi primo Boni, a quien apodábamos *Cuazorro*. En tres o cuatro semanas aprendí. El maestro

² *El Orgullo de Ser Uno Mismo*. Mecanoescrito, p.3.

³ *Ibíd*em, p.7.

⁴ *Ibíd*em, p.9.

⁵ *Ibíd*em, p.11.

me decía: «se me hace que tú ya sabías algo, muchacho». Le dije que yo no sabía nada. Y me dijo: «entonces te vamos a pasar a segundo año».⁶

Mojica por primera vez entendió el significado de la vejez, el cansancio y la desesperanza en el ejemplo de los veteranos carretilleros que consumían sus vidas por un mendrugo de pan. Entendió también que no quería ser como ellos y tomó la decisión primero de vencer el hambre y trabajar para la vejez, que llevado al arte significaría vivir para el arte, no del arte, es decir, resolver primero el problema económico para pintar con libertad.

Ante las escasas posibilidades que le brindaba Teloloapan con sus carretillas colmadas de materiales, continúa el viaje a Cuernavaca, y es en esta época en que empieza a leer, hábito que lo acompañará hasta hoy y que será determinante en su formación intelectual y social. «Desde el momento en que empecé a leer, no me separé, ni creo que me separaré jamás de la lectura»⁷, dice Mojica con un guiño en el ojo.

El encuentro con su madre no fue lo que esperaba. A fin de cuentas, poco o casi nada los unía. Trece años de separación los habían convertido en extraños. Mojica decide entonces hacer su vida, sin más ataduras que sus sueños. Renta un cuarto donde paga cuatro pesos mensuales de alquiler y trabaja de ayudante con un maestro azulejero y más tarde con un pintor de «brocha gorda», el maestro José Salcedo, quien le presenta al ingeniero Enrique Campesino Izaguirre, que se convertiría en uno de los más importantes constructores de Cuernavaca y empleador fundamental en la vida del joven Mojica, por el que sentía una enorme simpatía.

Con el salario, Mojica compraba cartulinas y colores y cada vez que podía, en sus ratos libres, se refugiaba en las partes traseras de las construcciones para dar rienda a su deseo de pintar el mundo, afición que, como dije, venía de la infancia y se fortalecería cuando al ingeniero Campesino le dieron el contrato para construir la casa del francés Fernando Cullery, lo que coincide con la llegada a Cuernavaca del pintor español Juan Eugenio Mingorance.

El ingeniero me presentó con Mingorance; él me preguntó que si me gustaba pintar y yo le respondí que mucho. «Desde ahora serás mi ayudante». Yo estaba emocionadísimo y me emocioné muchísimo más cuando me dijo que estaba en Cuernavaca porque iba a pintar unos murales en el Cine Ocampo.⁸

⁶ *Ibidem*, pp.15, 16.

⁷ *Ibidem*, p.18.

⁸ *Ibidem*, p.20.



Arturo Mojica pintando en el campo, 1948
(*Abajo*) En Taxco, Guerrero, 1948



INTERIOR BORDA
Óleo sobre tela, 1948

tes de pintura que vendía, y vivía para la pintura que pintaba. En 1947 empezó a vender pintura doméstica de la marca General Print, a la que siguió en 1949 la venta de pintura automotriz marca Du Pont. Los cuatro mil pesos invertidos en el inicio, le permitieron con el tiempo fundar varias casas comerciales especializadas en venta de pinturas domésticas e industriales, incluyendo más tarde una tienda de materiales artísticos. «Así fue como empecé el negocio de las famosas Pinturas Mojica, SA. Puse algunas tiendas y almacenes y más tarde inicié una modesta fábrica en Alta Palmira».¹⁰

En 1975, con la vida resuelta –lo testifican en lo amoroso más de 17 hijos–, en lo social y desde luego en lo económico, Arturo Mojica prepara su retiro del mundo empresarial para ser lo que siempre quiso: un pintor de tiempo completo. Sin premuras, sin imposiciones y con los diablillos guerrerenses bailoteando en unos ojos pequeños y negros que hasta hoy mantienen ese impresionante brillo, que sólo los que aman profundamente la vida lo mantienen hasta el último aliento.

A partir de 1979, ya dedicado a la pintura, el maestro Arturo Mojica Delgado empieza un nuevo periplo en su vida: algunos cursos de pintura en Bellas Artes, algunos viajes de estudio y trabajo por Europa, pero por sobre todas las cosas la costumbre de pintar con rigor y disciplina, es decir, con paciencia de santo y fe de carbonero. Por sugerencias del maestro Cueva del Río, empezó a incursionar en la acuarela, saliendo al campo cada mañana. Los atardeceres se convirtieron en la vida de Mojica en la «hora de la acuarela» por sus bellos celajes y ardientes crepúsculos. «Las más de

Mingorance no sólo fue su amigo, sino, sobre todo, su maestro. Con él conoció los vericuetos en la realización de los murales; con él viajó por algunos estados mexicanos; con él aprendió la actitud impresionista en el arte y el brochazo rápido y alargado que perfeccionaría y que caracterizaría su obra.

En cierta ocasión, cuando regresamos de San Miguel de Allende, el maestro Mingorance empezó a pintar un paisaje en una tela de unos 35 o 45 centímetros. Lo hacía muy rápido; yo, por el contrario, lo hacía bastante lento. El maestro, al verme, me sugirió ir más aprisa y me dijo: «Mojica, la pintura no se soba ni se maquilla, porque la pintura no es para olerse; es para sentirse». Y cuánta razón llevaba en esa frase, pues ahora sé que sin sensibilidad no hay arte.⁹

A partir de aquellos años, la pintura, en sentido físico y artístico, acompañó siempre al maestro Mojica. Vivía de los bo-

⁹ *Ibidem*, pp.21,22.

¹⁰ *Ibidem*, p.23.

doce horas que pintaba en esos tiempos se materializaron en unas 950 acuarelas, ya limpias, o sea, terminadas, y como 1400 óleos, desde luego que todos del natural.»¹¹

En «Arturo Mojica. Pintor del paisaje», un corto, pero hermoso texto, Eugenia Echeverría, refiriéndose a la actividad paisajística del maestro Mojica y a su pintura jubilosa, dice que

El pintor del paisaje es un sabio a su manera. Nada de la flora y de la fauna desconoce [...] Con su caballete y su sillita, su estuche de óleos y una actitud mística absolutamente extemporánea, ahí va, madrugador, solitario. No es fácil entender esta decisión de entrega, y su recompensa [...] Arturo Mojica es así [...] Lloro, dice, cuando la luz del día se acaba y yo todavía estoy poseído por la emoción del paisaje. Lloro, porque no alcanzo a registrar en el papel o en la tela toda la emoción que el paisaje me da.¹²

Arturo suele decir que lo que no puede expresar con palabras, lo plasma con formas en sus lienzos, por la simple alegría de pintar, ya que no concibe la vida sin la pintura, sin ese germen primigenio de la existencia. «Siempre he pensado que el pintor de paisajes está en perfecta comunión con Dios, porque es Él quien armoniza los colores, porque Dios es la naturaleza y es precisamente ahí donde vas creando, donde te conectas con Él.»¹³

Si bien nada hay nuevo bajo el sol, para Mojica cada amanecer es un nuevo día, que por disciplina y resistencia desde hace muchos años empieza por la madrugada y termina ya tarde por la noche. Las horas primeras, que le han servido para experimentar la aventura de la lectura y alimentar el mundo de los sueños, han sido los momentos de paz y reposo. Momentos para la reflexión, dirección para la vida, sobre todo porque la lectura, parte consustancial al arte, le ha sido útil para vivir y transformarse.

Eso ha permitido al maestro Mojica entender que el hombre no es un ente individual, sino social, y que, a final de cuentas, la lectura es un excelente medio para disolver nuestro yo en el de los otros. Así, si partiéramos de la idea de que la naturaleza del hombre sólo consiste en ser un individuo, la disolución del yo sería incomprensible, además de un absurdo, puesto que ya sería un todo como individuo; sería principio y final, es decir, sería todo lo que fuese capaz de ser. Por el contrario, el deseo del hombre de expandirse, de



EL POJO VISTO DESDE CUERNAVACA

Óleo sobre tela, 1949

(Abajo) Arturo Mojica en 1949, de 22 años, cuando fundó Varicolor

¹¹ *Ibidem*, p.26.

¹² *Arturo Mojica. Retrospectiva*. Origami, México, 1991, p.6.

¹³ *Ibidem*, p.28.



complementar su ser, indica que va más allá de lo estrictamente individual. Sabe y entiende que sólo puede alcanzar la plenitud si es capaz de apropiarse de las experiencias de los otros y que potencialmente son suyas. Porque el creador tiene como objetivo central de su obra a los otros. El arte, el libro, son los medios óptimos para lograr la fusión del individuo con el todo. Refleja, por tanto, su capacidad para asociarse con los demás, para compartir experiencias, ideas, sensaciones y sentimientos. Y esto es lo que desde siempre ha movido a un gran lector y a un artista de paisajes como Arturo Mojica Delgado.

La afición por la lectura de Mojica probablemente se deba también a que entendió que la vida es breve y endiabladamente compleja, y que ante la imposibilidad de durar siglos para aprender a vivir sólo nos queda el recurso de la lectura, porque es en los libros donde está la suma de las existencias.

Un mundo de significados y estilos

Libro de Eugenio Mingorance dedicado a su ayudante, 1976.

En su fructífera carrera, Arturo Mojica ha logrado un estilo inconfundible, derivado de varias corrientes. A diferencia de otros paisajistas, que pintan de manera realista, fieles a las formas y colores, el paisaje de Arturo Mojica no es una pintura fotográfica, sino recreación y de alguna manera reinención. Regiones, geografías, latitudes, atmósferas se convierten en una nueva propuesta en la que el paisaje adquiere otra perspectiva de luz y colores, formas, sensaciones y estímulo espectral de un paisaje en definitiva renovado. Es una manera subliminal de observarlo; es el contorno, nunca los detalles; es el bosque, no el árbol; es el río, no su cristalino derivar; es la montaña, no sus elementos minerales o vegetales; es, en fin, más que los detalles que dan forma a las cosas, la forma misma de las cosas las que llaman la atención de nuestro artista. En otras palabras, se trata de mostrar la inmensidad del paisaje, aunque no siempre representen lugares existentes lo que Mojica logra mediante un perfecto equilibrio entre realidad e imaginación, porque lo que ve es la realidad, pero lo que su mano plasma es una reinención.

Los cuadros de Mojica son sin duda diferentes de los que producen los pintores del altiplano, en los que lo trágico y solemne de las culturas prehispánicas los acompaña, pero en la obra de Mojica campean con libertad y sin complejos los colores vivos y brillantes, sensuales y gustosos. Naturaleza hedonista que invita a entrar a ese mundo de colores vivos, cuyos últimos secretos están por descubrirse. El desenfado por los colores, su brillantez y fuego en mucho lo acercan al fovismo.

Arturo Mojica es un constructor en la pintura. Compone y construye el paisaje. No lo calca. Casi nunca lo pinta como es en la realidad. La piedra, ni el árbol, ni la montaña, ni el río, ni el valle, como tampoco las nubes están donde

se ubicarían en la realidad. En ocasiones, los elementos de sus paisajes son movidos como piezas de un escenario, ora el río aquí o el monte allá, hasta lograr la composición deseada.

Cuando quiero que las flores tengan preponderancia en la mirada del espectador no le meto mucho color al resto de la composición. Si me hace falta algún elemento, me volteó hacia un lado y puede ser que ahí encuentre esa roca o ese árbol que juega muy bien con el resto de la obra. Entonces lo pongo en mi cuadro, aunque en la realidad ese objeto no exista ahí.¹⁴

Y es de esta manera como el cuadro es engendrado de manera tan peculiar. Arturo cuenta cómo, acompañado de su gran amigo, el arquitecto Juan Luna, se iban a las montañas entre las dos o tres de la mañana y pintaban todos esos paisajes que la naturaleza les ofrecía en cada uno de sus amaneceres, cómo desarrollaban sus estrategias para lograr una pintura más natural, más espontánea, honesta, pero sin guardar fidelidad a la realidad, sino adaptando la visión y el estilo a la ejecución de la obra, «agregando un árbol, exagerando una ramita, colocando unos campesinos, extendiendo una vereda, embelleciendo las montañas, buscando siempre que la pintura camine, que tenga ritmo, que tenga movimiento, que tenga vida.»¹⁵ Se trata de hacer una pintura más libre, más dinámica, menos rígida, más imaginativa, una pintura cuyo ritmo debe fincarse en el color.

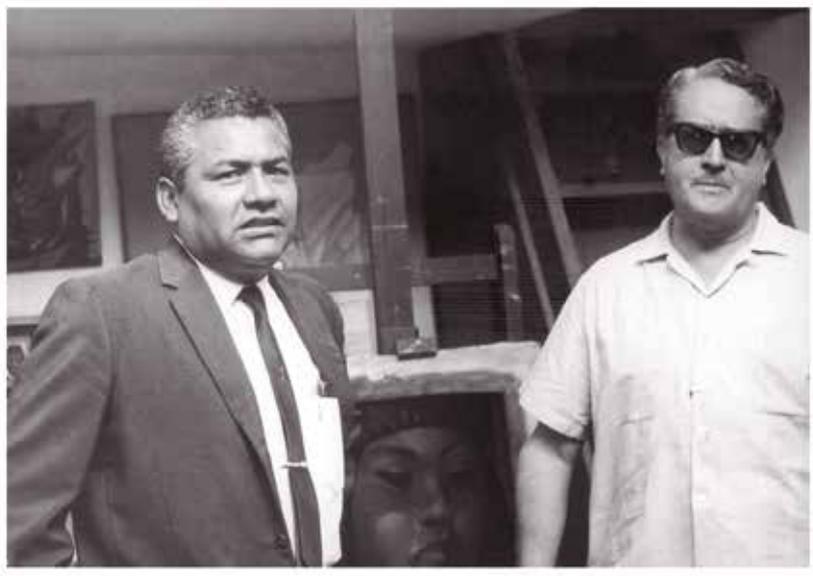
A menudo, Mojica mezcla el color en la paleta, lo elabora, lo prepara, lo compone y luego lo aplica en el lienzo o en el papel para impactar en la sensibilidad de sus espectadores, porque se trata de descomponer los objetos con pinceladas anchas o escuetas, rápidas y en apariencia descuidadas, proceso en el que se necesita la participación de quien observa. Rara vez, Mojica apela a los colores elaborados; por lo general, recurre a sus composiciones, al método fovista de los colores complementarios, entendiendo por color complementario de otro el color primario que queda frente a la mezcla de los otros dos: para el verde es el rojo, para el azul es el naranja y para el amarillo es el violeta. Así, por ejemplo, Mojica usa los sienas para llegar a los verdes, que vuelven a estos verdes *sui generis*, distintos a los verdes conocidos. Coloraciones que pigmentan el lienzo de manera diferente a los tonos que nos brinda la naturaleza, y en esto también Arturo redescubre esa parte oculta de los colores y tonalidades que sólo el ojo experto es capaz de revelar entre la maraña infinita del paisaje y cuyas tonalidades son distintas de acuerdo con la hora que transcurra. Y esto, desde luego, es una actitud impresionista: captar el color de las formas en un instante



Arturo Mojica en el Palacio de Bellas Artes, México, DF, 1950

¹⁴ *Ibidem*, p.28.

¹⁵ *Ibidem*, p.37.



Arturo Mojica con el pintor y muralista Jorge González Camarena, en su estudio de la ciudad de México, 1951

La obra de Mojica está construida con pasión e impaciencia, por la necesidad voraz de abarcarlo todo, pero también está construida con una carga infinita de dulzura, no obstante la estridencia del color en muchos de sus cuadros, que son testimonio, denuncia, regodeo. Son la memoria del paisaje como tal, pero también de la flora de Morelos y de México.

Se trata de la conjunción de dos momentos distantes, pero unidos en el tiempo, la raíz temprana en Pungarabato y la luminosidad primaveral de la adolescencia y los años maduros en Cuernavaca. El paisaje en Arturo Mojica es esencialmente una autobiografía de colores y tonalidades en la que no caben la tragedia ni el dolor, pero sí el amor, el sexo, las pasiones, el hedonismo, el gusto desenfrenado por la vida y la defensa a ultranza de la naturaleza y de la armonía urbana: «Recuerdo los campos floridos de toda la región: ahora el paisaje se ha modificado de manera consistente y antes era casi virgen. Se ha afectado la flora y la fauna silvestres. Había lugares hermosos con muchas flores, variados colores y olores, agua abundante y limpia; ahora quitan los empedrados para poner pavimento [...] Ya no hay callejones típicos.»¹⁷

El paisaje en el maestro Mojica ha servido de pretexto ideal para sacar del fondo de sí mismo todo el bagaje espiritual y la sensibilidad acumulada desde la infancia, que le han servido para construir un lenguaje personal en una época en que los lenguajes originales están prácticamente en desuso y son de mal gusto. «Porque ser auténtico te da

preciso, ya que con el cambio de luz cambiará la percepción en el color de los objetos.

Mojica no ve los detalles de la luz; ve el conjunto iluminado, sabe apreciar la luz de la atmósfera y sus efectos en el paisaje en general, tiene siempre apremio por captar la totalidad del paisaje, tratando de abarcar espacios amplios para dar la sensación de que las montañas y llanuras, los bosques y los ríos se desparraman, mucho más allá de la línea del horizonte, de los bordes del cuadro.

Su pintura se presenta como una visión rápida e ingenua de traducir el paisaje que tiene ante su vista. Su captura del modelo es frecuentemente insólita por la forma en que lo transforma por un dibujo libre y la aplicación de un color intenso y exuberante, que magnifica la carga colorista de sus propios modelos, se trate ya de un árbol, de unos arbustos, de las flores, las montañas y las casas, cuando éstas aparecen en sus imágenes.¹⁶

¹⁶ Hugo Covantes, «Confluencias en la pintura de Arturo Mojica». Mecanoescrito. Primavera de 2003.

¹⁷ Citado en «Arturo Mojica Delgado. Un paraíso en riesgo». Mecanoescrito. Cuernavaca, Morelos, mayo de 1996.

la oportunidad de la búsqueda que te lleva a encontrar una personalidad propia. Porque la historia acumulada de mi pintura está presente. No me gusta copiar ni a la propia naturaleza tal como es; me gusta recrearme en ella.»¹⁸

A lo largo de más de medio siglo de productividad creadora, Arturo Mojica ha hecho una obra que paulatinamente, junto con los cambios sociales, ha devenido memoria, denuncia y testimonio. En especial, si se toman en cuenta la enajenación de la conciencia y de la sensibilidad de la sociedad, en las que privan el individualismo y el consumo a ultranza y en las que la contaminación física y visual, la destrucción ecológica y la deshumanización urbana son, por absurdo que parezca, el pan nuestro de cada día. Mojica señala: «Con mi pintura pretendo dejar un testimonio, que sirva para llamar la atención de todo el deterioro que se ha venido dando, y tratar de rescatar lo que se está perdiendo, sobre todo en el estado de Morelos.»¹⁹

Arturo Mojica es un pintor esencialmente intuitivo, espontáneo, en el que la pasión adelanta a la razón y a la idea. De trazo dilatado y resuelto, de colores vivaces, de formas a veces primitivas estilísticamente hablando, podríamos afirmar que se mueve por lo menos en tres direcciones: la impresionista, la fovista y la naif.

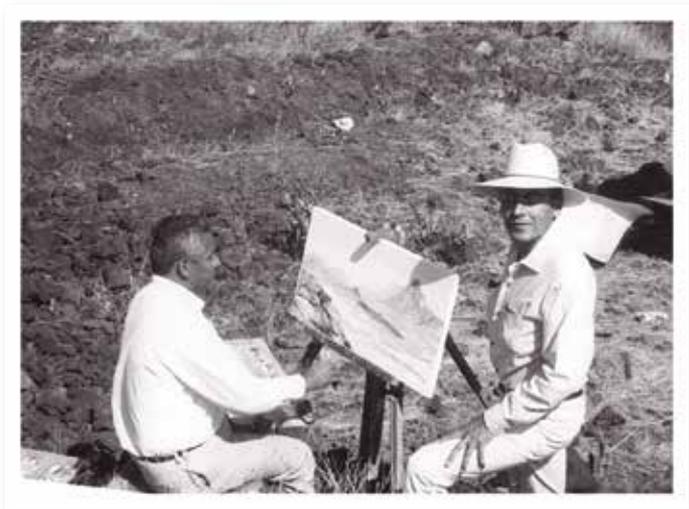
Veamos: en el impresionismo los objetos se pintan de acuerdo con la impresión que la luz produce en la vista, al margen de la objetividad de la imagen. Lo importante es el momento, no la duración y la estabilidad; la realidad es un devenir, un acontecer que se sobrepone al ser. De esta manera, a la imagen real se le ve como un proceso en permanente cambio. El impresionismo construye con los sentidos; no es síntesis, sino análisis, proceso en el que la preponderancia del instante, del cambio y la casualidad significan, a decir de Hausser, el dominio del estado de ánimo sobre la vida, en donde, junto con lo cambiante y mutable, hay, además, un carácter arbitrario.

La representación de la luz, del aire y de la atmósfera, la descomposición de las superficies de color en manchas y puntos, la disolución de los colores locales en valores de expresión atmosféricos y perspectivas, el juego de las reflexiones de la luz y las sombras iluminadas, el punto palpitante y tembloroso y la pincelada abierta, suelta, libre, toda la pintura improvisada con su dibujo rápido, abocetado, el aspecto figurativo, aparentemente descuidado, y el descuido virtuosista de la reproducción, no expresan, en última instancia, otra cosa que el sentimiento de aquella realidad en movimiento, dinámica, concebida en constante modificación, que ha comenzado con la subjetivación de la representación pictórica a través de la perspectiva.²⁰

¹⁸ *El Orgullo de Ser Uno Mismo*, op. cit.

¹⁹ *Ibidem*.

²⁰ Arnold, Hauser, 1998. *Historia social de la literatura y el arte*. Tomo II. España: Debate, p.422.



Pintando en el campo con el pintor Antonio Calderón, 1955. Abajo, con el arquitecto Justino Beltrán y acompañante, 1957



Arturo Mojica con José Farías Galindo, secretario del pintor Francisco Goitia, y el cronista de Xochimilco Valentín López Gonzáles, cronista y presidente municipal de Cuernavaca; Alma Reed, Eulalia Guzmán y Elías Guerra, secretario de Valentín Farías, en Xoxhicalco, Morelos, 1950
Abajo, con Elulalia Guzmán

En efecto, en la obra de Mojica encontramos el dibujo abocetado, el aparente descuido en la reproducción, los juegos de luces y sus expresiones atmosféricas, el brochazo rápido y amplio, paisajes en los que se capta más el momento que lo eterno. El devenir, como si con ello se adelantara a la casi segura destrucción de la naturaleza a manos del hombre.

La propuesta naif adopta formas e imágenes simplificadas, ingenuas y espontáneas, rehúye la perspectiva tradicional; los artistas que representan esta corriente, son por lo general autodidactas, echan mano de colores brillantes y contrastados sin que medien matices. El volumen se consigue con el uso de un colorido extraordinario que suple los contrastes del claroscuro. La obra de Arturo Mojica recuerda el arte infantil y sus obras son de una gran fuerza expresiva, aun cuando el dibujo pueda ser incorrecto.

En el fovismo, que de alguna manera mantiene una línea expresiva de conducción que lo une al arte naif, se caracteriza por el empleo de colores provocativos, feroces, como el significado mismo de su nombre; colores libres, a fin de cuentas. Mediante la clasificación y uso de colores primarios, secundarios y complementarios, logra mayor contraste visual y mayor fuerza expresiva. En la ejecución de la obra se emplean pinceladas rápidas y vigorosas, trazos gruesos y discontinuos, con lo que se intenta producir una sensación de espontaneidad. La naturaleza la plasma en función de las sensaciones y sentimientos. El dibujo no es primordial y la obra se concibe como decorativa. Los temas son variados, van del paisaje urbano y rural a los desnudos e interiores, que se abordaban también desde diversas perspectivas fluctuantes entre el drama y la alegría inmensa de vivir.

Y si bien todos estos rasgos pueden no estar por completo en la obra del maestro Arturo Mojica, muchos de ellos son fácilmente identificables. La formación no académica de nuestro artista, la espontaneidad, los colores vivos y brillantes, el dibujo no siempre correcto, la representación a veces infantil de los objetos, el contraste visual y la fuerza expresiva, son apenas algunos de los muchos elementos que forman parte de la obra de Mojica y que se corresponden con los rasgos más esenciales de los estilos pictóricos mencionados.

Mojica Delgado ha trabajado esencialmente con dos técnicas: el óleo y la acuarela. Esta última adquiere en él rasgos estilísticos distintos, acaso tradicionales, más en el estilo de los acuarelistas de

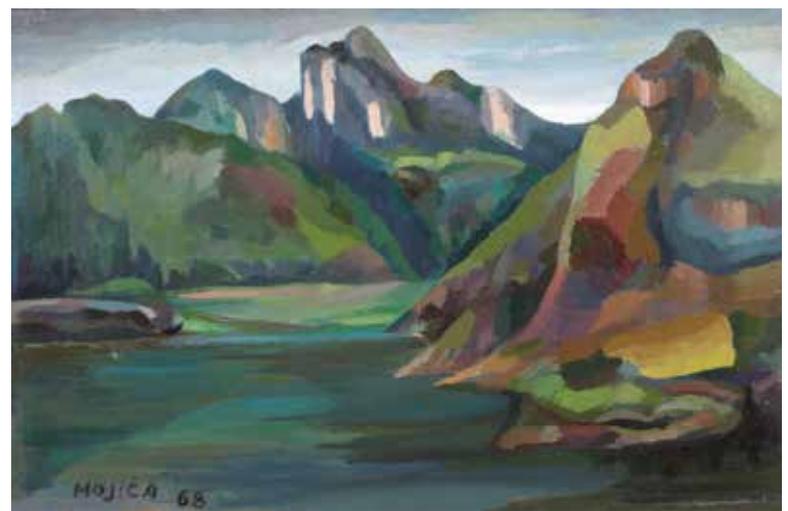
este país, menos enfocada al paisaje geográfico, más centrada en el paisaje urbano o rural. La luz es más cálida y sutil, diáfana, transparente. Los colores son tenues, de alguna manera apastelados, logrando una brillante transparencia que sólo alcanzan los chinos en su legendario papel de china. La línea dibujística en la obra de Mojica carece de poca importancia. Lo que cuenta son las imágenes con capas yuxtapuestas, de colores sutiles y traslúcidos, con lo que con los reflejos del papel producen un efecto de luz especial. Refiriéndose a las acuarelas de Mojica, Miguel Bueno dice que

la pristinidad de su obra es digna de los mejores créditos mundiales: acabado, limpieza, colorido no visto hasta ahora –frutal y delicado–, sutilmente involucrado en el paisaje, y principalmente una semitécnica totalmente realentadora; así se puede decir que hay algo relativamente nuevo en la acuarela.²¹

Mojica logra no sólo veladuras y luminosidades; también una intensidad de los colores difícil de conseguir; pareciera que, más que usar la diluida coloración de la acuarela, ejecutara la obra con el viscoso y denso óleo. Lo devela *Nubes sobre la casa*, sobre todo en las pinceladas suaves y profundamente verdes del gigantesco árbol que está de pie, desafiante, en el primer plano, del lado izquierdo.

En general, la contemplación de las acuarelas de Mojica, a diferencia de sus óleos, provocan una sensación de paz, en las que ternura, dulzura y amor van acaso de la mano. Un regocijo extraño de saberse vivo y de formar parte indisoluble de este mundo, porque las acuarelas de Arturo Mojica son jubilosas y esperanzadoras para sumergirse en ellas y ser uno más y a veces el único de los personajes, que sin tener nada en el principio hoy lo tiene todo.

²¹ Miguel Bueno, «Una obra digna de los mejores créditos mundiales». *Arturo Mojica. Retrospectiva*, op. cit. p.10.



VALLE DEL TORO
Óleo sobre tela, 1976
ABAJO, SIERRA DE LA
LAGUNA DE ZEMPOALA.
Óleo sobre tela, 1968



Mojica en Montealbán Abajo, *Minas de tezontle, en las tetillas*, Morelos Óleo sobre tela, 1977

no sólo una reflexión estrictamente estética; es, qué duda cabe, una propuesta ecológica y ambiental, una defensa a ultranza del mundo.

Las regiones de los Altos y del Volcán han estado siempre en la actividad artística y las preocupaciones de nuestro pintor. Ocuituco, Tetela del Volcán, Zacualpan de Amilpas, Huitzilac, Tepoztlán y Totolapan han sido registradas en la paleta de Mojica desde 1944 de manera intermitente, mostrando los cambios, no siempre para bien, que han experimentado estos paisajes.

²² *El Orgullo de Ser Uno Mismo*, op. cit. pp.34-35.

La obra y el mapa roto

Siete regiones caben en un territorio pequeño. Así es Morelos, pequeño, pero rico en historia, incommensurable en su diversidad vegetal, quizá breve, pero con muchos climas y atmósferas de luz; pequeño, pero con un crisol humano diversificado, entrañablemente seductor, sugestivo, como la obra del maestro Arturo Mojica Delgado. En poco más de setenta años de producción ininterrumpida ha ligado su vida al paisaje morelense. Casi ningún rincón ha escapado a su mirada y a su pincel, pues ha pintado valles, montañas, ríos, bosques y caseríos de los treinta y tres municipios.

De 1942 a la fecha, Arturo Mojica nos ha dejado un importante legado testimonial del paisaje morelense y nacional. Conocedor profundo de la geografía del estado, maravillado con su belleza e indignado por la destrucción irracional de que ha sido objeto.

Hablo [dice] de cuidar de la ecología y es claro que en mi pintura pretendo dejar un testimonio que sirva como llamada de atención por todo el deterioro que se ha venido dando en el país y en el mundo. La idea es tratar de rescatar lo que se está perdiendo, sobre todo en el estado de Morelos, lugar donde radico.²²

Para Mojica, la naturaleza es un todo. No es la llanura, ni el árbol, ni la montaña, ni los volcanes con sus fumarolas, ni los riachuelos y lagunas: es un organismo pleno, absoluto, palpitante, del que dependemos y que, por desgracia, depende también en mucho de nuestra actitud y compromisos frente a la naturaleza, nuestra casa mayor. Por ello, para el maestro Mojica el paisaje no es sólo la representación plástica y simbólica del ecosistema, sino el legado que habremos de dejar a los que habitarán después este planeta. Su obra es



Al referirse a Tepoztlán, Mojica recuerda que durante 52 años ha pintado y observado este valle. Cuenta que antes era de atmósferas transparentes, de una belleza extrema y poco convencional. En cambio, hoy los cerros, las barrancas, los campos agrícolas han sido invadidos por la mancha urbana que todo lo destruye. El caso más notable, reseña, quizá sea el del cerro Chalchitépétl, o del Tesoro, de cuya majestuosidad ya nada queda.

PARCELAS FRENTE AL
CHALCHI
Óleo sobre tela, 1971

Lugares como Santiago Tepetlapa, Atongo y el Barrio de Santo Domingo, han sido muy alterados; incluso, algunas partes se han vuelto focos de infección debido a la basura, los detergentes y a la contaminación en general que producen tanto los residentes como los visitantes. Es una verdadera lástima que eso ocurra, cuando hace pocos años ese lugar era un paraíso.²³

Al respecto, la poeta chilena Eugenia Echeverría, aludiendo a la actitud de protesta testimonial en la obra de Mojica, refería que la gente de Tepoztlán aún seguía llamando *El Pochote* a un rincón del pueblo en el que ella vivía y en donde sólo quedaban casas de adobe, corrales y suciedad. Nada quedaba ya de los campos de cempasúchiles y

²³ Citado en Arturo Mojica Delgado. *Un paraíso en riesgo*, op. cit. p.2.



El pintor y muralista
Roberto Cueva del Río,
Don Norberto López
Avelar, gobernador de
Morelos y Arturo Mojica,
1960

nuina, sino amorosa, ya que muchos de estos lugares han sido fuente de inspiración en su obra. Buena parte de su producción se ha centrado en esta parte de la geografía estatal y es, quizá, donde ha logrado una pintura con mayor impacto visual, formal y colorístico, más imaginativa y más libre.

Aquí el artista logra captar y mostrar una cobertura amplia de las cuatro estaciones del año, que nos permite disfrutar la belleza natural y la riqueza cultural de las comunidades que ahí habitan. Sin duda alguna, estas obras resultan ser una aportación muy importante para observar y comprender la evolución de los pueblos y las transformaciones rurales que han ocurrido en la región.²⁶

Si uno mira hacia la región poniente y contempla un paisaje de la Laguna de Coatetelco hallaremos un espejo colorido de aguas apacibles, rodeado de un macizo montañoso de sepias y verdes veroneses y hay algunas barcas con paseantes. La contemplación de este paisaje provoca una sensación de complaciente plenitud, de paz interior, haciéndonos suponer que nos encontramos frente al paraíso terrenal. Pero si este óleo de 1980 lo cotejamos con el paisaje actual, la sensación de paz y reconciliación con la naturaleza se convertirá en una exclamación de horror por el deterioro ambiental, en angustia y protesta. Efecto similar al provocado años después al maestro Mojica, luego de haber visitado

de jarillas, nada del remanso de Atongo y sus lavanderas, no estaban ya los cedros, ni los flamboyanes, ni las pascuas, y pareciera que toda la belleza del paisaje está condenada a desaparecer en un mundo en el que sólo nos quedarán la nostalgia y los recuerdos de lo que fue, pudo ser, pero no se logró. Ya nada está. «*Recodo de Tepoztlán* tituló Arturo Mojica ese callejón del barrio de Santo Domingo donde nos conocimos. Ya no es así. Ni los árboles, ni la alegría agreste, ni el ritmo intemporal. Hay un restaurante para taxistas y una casa de tabique.»²⁴

Mojica escucha estas voces de alarma y conoce mejor que nadie el deterioro y el daño que la sociedad de consumo, escasamente sensible, puede ocasionar al entorno y a regiones del estado. Por ello, con justa razón el artista señala: «Otros sitios en los altos del estado, como Tetela del Volcán, Hueyapan, Yecapixtla, Tlalnepantla Atlatlahucan, Totolapan, Tlayacapan [...], han sido talados de manera desmedida y han cambiado el empedrado a sus calles por cemento.»²⁵

La preocupación del maestro Mojica por esta región es no sólo ge-

²⁴ *Ibidem*, p.6.

²⁵ *El Orgullo de Ser Uno Mismo*, op. cit., p.35.

²⁶ Arturo Mojica Delgado... *Ibidem*.

en muchas ocasiones el lugar, no sólo para plasmarlo en el lienzo, sino también para el esparcimiento, para el disfrute de la pesca y la natación:

Me preocupa mucho el caso de la desecación de la Laguna de Coatetelco, puesto que la conozco desde cuando yo era adolescente. En ese lugar íbamos a pescar. Había muchos patos. Recuerdo, además, que los nativos capturaban una gran cantidad de mojarra y las guisaban muy rico. Sin embargo, ahora he visto el cambio tan dramático que presenta dicha laguna, lo cual es muy lamentable, ya que está totalmente sin agua, poca vegetación y con peces muertos.²⁷

En efecto, todo cambia. La pintura de Arturo Mojica así lo manifiesta: nada o casi nada queda de lo pintado en sus paisajes, aun cuando pudo ser distinto. Poco o nada queda de los colores atmosféricos de ciertas regiones donde lo urbano lo ha enturbiado todo; nada o casi nada de la cristalina limpieza de los ríos y lagos de Morelos; nada o casi nada de la agreste belleza y la vida silvestre de sus valles, barrancas y montañas; poco o muy poco de los límpidos y profundos azules de sus celajes.

Ya no está el chopo que saltaba alegre desde las claras y frescas aguas de la Fuente del Borda; ya no más la infinita gama de los esmeraldas de las lagunas de Zempoala, donde el gordo cacique de este pueblo solía regodearse; ya no conversan como antaño, sin temores y dulzura, *Las Comadres*, ni reposan sin angustia *Las Tetelcingas*; ya nadie nada ni chapotea, ni se sumerge con alegría en las tórridas y puras aguas del *Río Amacuzac*, ni los *Amates Amarillos*, ni los *Girasoles Silvestres*, ni los *Cazahuates*, ni las *Jacarandas*, ni las *Gladiolas* engalanan como antes el paisaje con sus estallidos espontáneos de colores y el vaticinio siempre preciso de los climas y los cambios. Desde luego, como dice el maestro Mojica, no todo está perdido; aún es tiempo de tomar en nuestras manos el destino de nuestro planeta y sus ecosistemas.

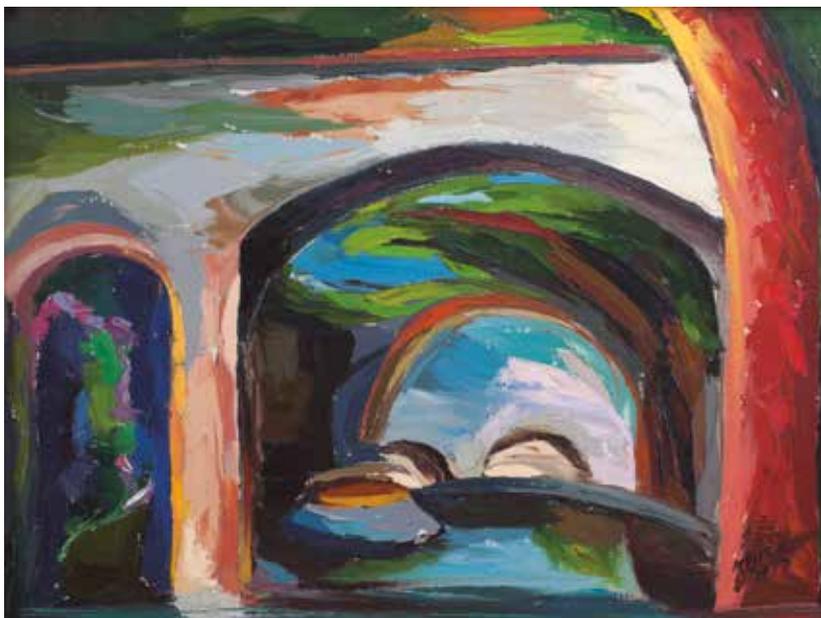
La obra de Mojica es testimonio y memoria, protesta y denuncia social. Es también armonía, sensualidad, placer y gusto por la vida. Es un llamado de atención contra la indiferencia y la modorra con que vivimos, una denuncia y un grito de alarma. Nos convoca a rescatar la naturaleza, asumiendo un compromiso de solidaridad con el medio ambiente, como individuos y sociedad, como artistas e intelectuales. Con conocimiento de causa y lucidez nos dice:

Deseo asumir un compromiso, no solamente con la sociedad y la nación, sino principalmente con mi tierra adoptiva y las generaciones venideras. Es por eso que sugiero hacer algo por la conservación de la naturaleza y al mismo tiempo

²⁷ Citado en *Arturo Mojica Delgado...* Ibidem. Cabe mencionar que durante los años de 1993 y 1994, el gobierno del estado logró que se recuperara el agua de la laguna.



En 1980, Mojica deja sus negocios para dedicarse solamente a pintar e inicia un recorrido por varios países de Europa y Asia, pintando acuarela y visitando museos



ARQUERÍA EN REAL DEL
PUENTE, MORELOS
Óleo sobre tela, 1977

Muchos de sus cuadros lo evidencian. La colonia densamente poblada del empleado contrasta con los llanos floridos de sus cuadros. La calle Ajusco Sur, con sus hileras interminables de jacarandas, está en serio peligro de deterioro de su vegetación, mientras que su aspecto luce sucio y en abandono, al igual que la antigua Calle de Miraval, hoy Francisco I. Madero, así como el parque Melchor Ocampo, oscuro su verdor por la polución.

Sirva de ejemplo para cotejar también un bello óleo de 1942, *Fuente del Borda*, para entender el terrible deterioro del histórico jardín, donde tantas diabluras eróticas se atribuyen al romántico y barba amarilla emperador Maximiliano. Bastaría mirar una bella acuarela titulada *Cuernavaca en Primavera* para comprender, en tan poco tiempo, de 1979 a la fecha, que de la gama infinita de sus brillantes colores y de la pureza de su atmósfera casi nada ha quedado.

En general, la actitud del maestro Mojica frente al arte y de cara a la existencia es la de un hombre enamorado de la vida y de un artista que decidió vivir para el arte.

El legado de Arturo Mojica Delgado es un mundo de colores, de sueños, de imaginación y esperanzas, que no sólo estamos obligados a respetar, sino también a cuidar.

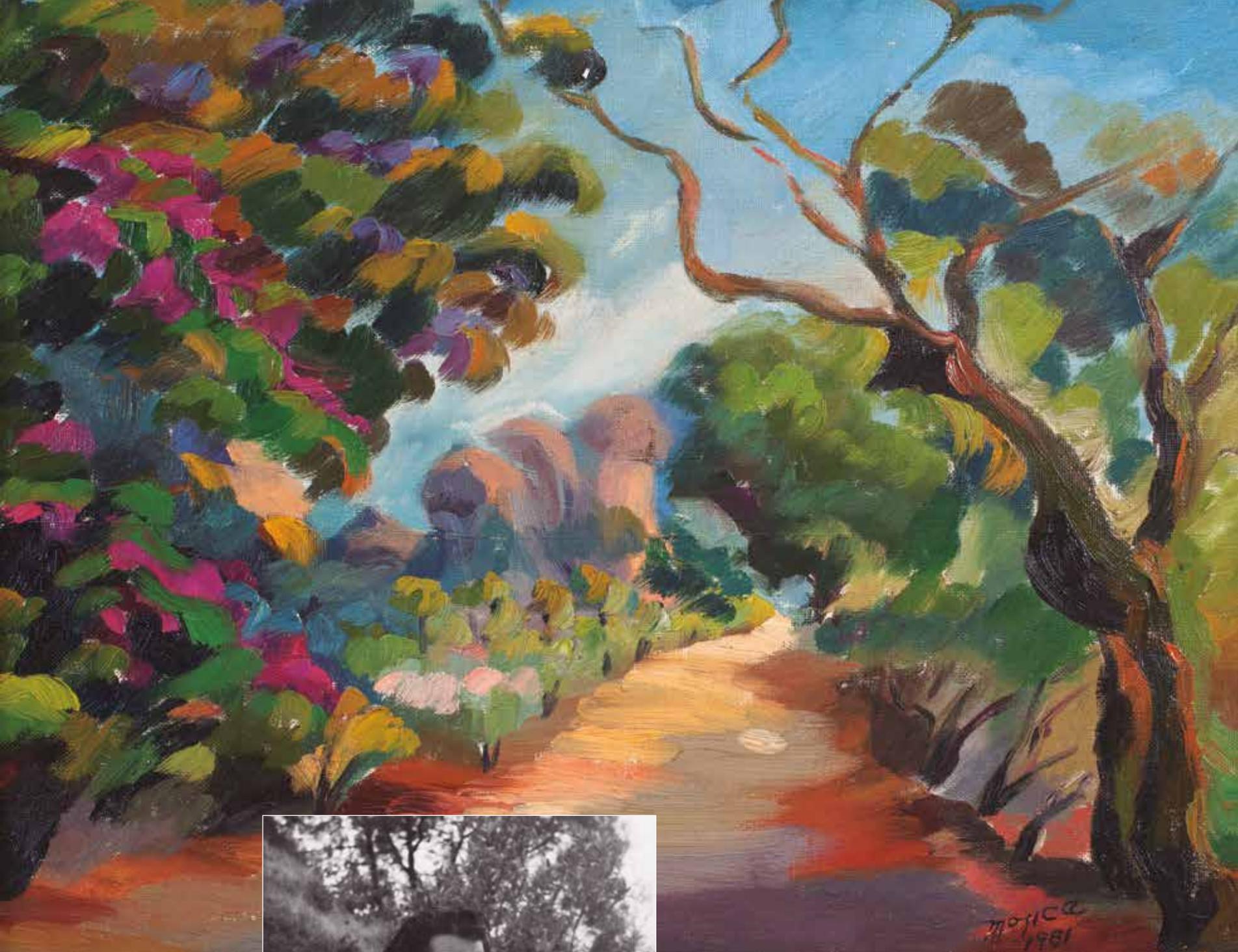
insistir en que esto no quede solamente en una queja, en un lamento. Que esto pueda realmente lograr despertar conciencias. Esta aportación es también un reclamo a las autoridades competentes, ya que ellos tienen la obligación de conservar esas cosas tan bellas que estamos perdiendo y que aún estamos a tiempo de rescatar.²⁸

Al maestro Mojica le gusta la naturaleza. Su casa es no sólo el mundo para sus lucubraciones y creaciones estéticas; es también otro hermoso jardín, inmerso en la ciudad que habita y que desearía que fuera el jardín perfecto, la perfecta armonía entre la arquitectura urbana y la naturaleza. La aldea convertida en corto tiempo en una metrópoli cosmopolita, famosa por sus jardines, sus albercas y la pureza de su aire, oasis de paz y estatus para los fuereños.

Para Mojica sigue siendo un gran escenario de vicisitudes y luchas renovadas, fuente de inspiración y amor, pretexto estético para sus aventuras plásticas, pero también desasosiego por la manera irracional en que la contaminación ambiental, visual y sonora es cada día más notable.

CARLOS MACIEL KIJANO
Cuernavaca Morelos, 2 de marzo de 2016

²⁸ *El Orgullo de Ser Uno Mismo*, op. cit. p.36.



CAMINO A MEZTITLA
Óleo sobre tela, 1981

ÓLEOS



CASAS EN CAMPO DORADO CON ÁRBOL

Óleo sobre tela
100x70 cm
1996



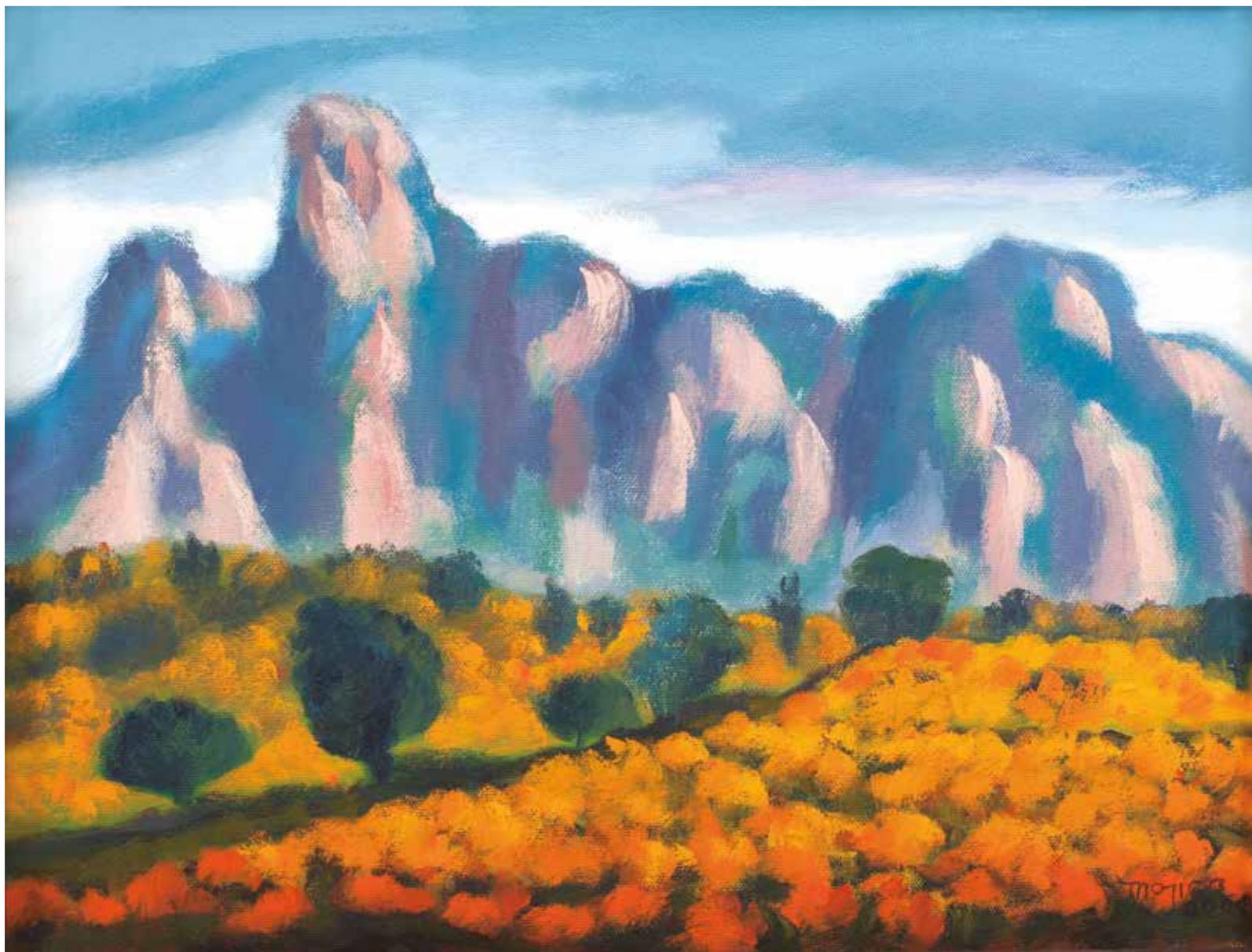
BOCAMBA, LAGUNA DE ZEMPOALA

Óleo sobre tela
100x70 cm
2005



CERRO DEL TESORO CON FLORES DE LA BUENA FORTUNA

Óleo sobre loneta
100x80 cm
1995



FLORES AMARILLAS Y
MONTAÑAS AZULES

Óleo sobre tela
40x30 cm
2009



ZEMPOALA

Óleo sobre tela

70x90 cm

1994



ÁRBOL SEMISECO Y MONTAÑA

Óleo sobre tela
80x60 cm
2005



ÁRBOL, MONTAÑA Y PERICONES

Óleo sobre tela
120x90 cm
1996



BUGAMBILIA Y LLAMARADA

Tepoztlán
Óleo sobre tela
80x60 cm
2005



CALLE CURVADA CON FLORES

Óleo sobre tela
90x70 cm
1996



CAMINO CON CASAHUATE

Óleo sobre tela
90x70 cm
1995

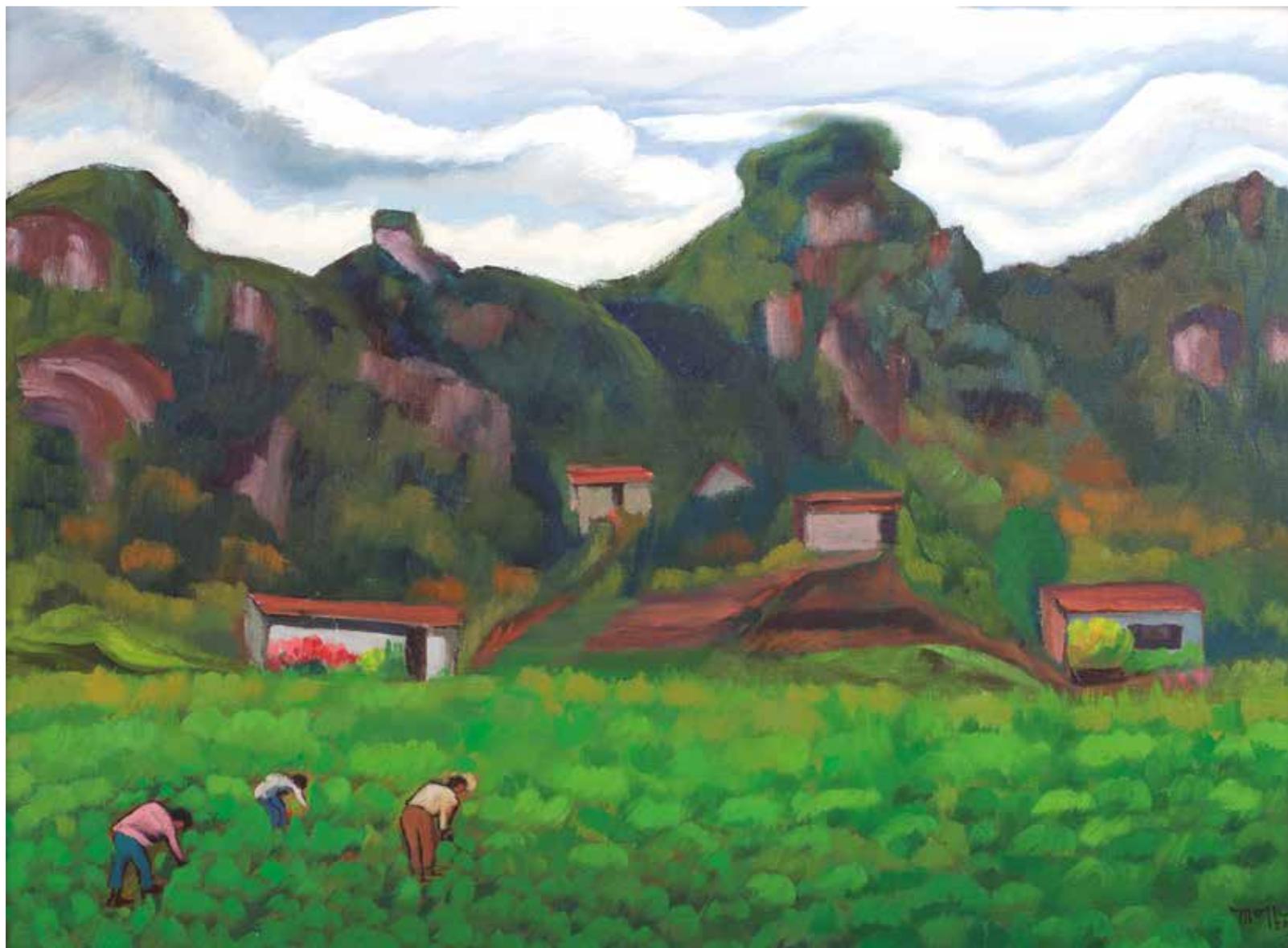


CAMINO ENTRE MONTAÑAS MÁGICAS

Óleo sobre tela

150x90 cm

2004



CAMPESINOS EN SU PARCELA

Óleo sobre tela
70x50 cm
2001



CORTADORAS DE GLADIOLAS

Óleo sobre tela

100x70 cm

1996



ENTRADA A LA IGLESIA

Óleo sobre tela
70x50 cm
2001



LAVANDERAS BAJO LOS SABINOS II

Óleo sobre tela
90x70 cm
1995



LLANO FLORIDO

Óleo sobre tela
100x70 cm
2003



MAZORCA SECA CON FLORES Y ÁRBOL

Óleo sobre tela
100x70 cm
1996



MI CAMINO FLORIDO

Óleo sobre tela
100x70 cm
2000



MONTAÑAS Y NOPALERA

Óleo sobre tela
100x70 cm
2003



MONTAÑAS ENCANTADAS

Óleo sobre tela
120x90 cm
1996



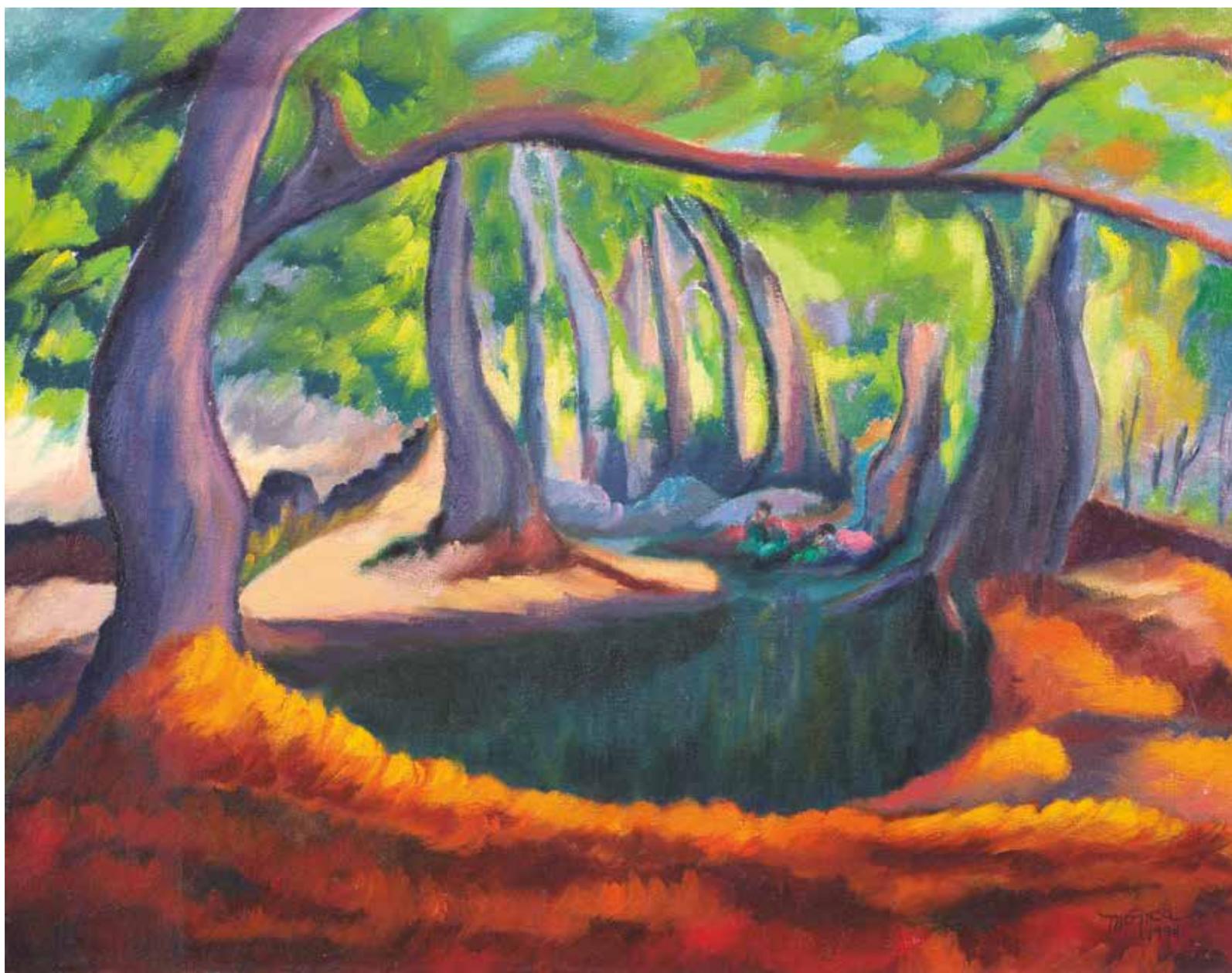
PASTO AMARILLO CON MONTAÑAS

Óleo sobre tela
100x70 cm
2003



PUEBLITO ESCONDIDO

Óleo sobre tela
100x70 cm
2004



REFLEJOS EN LA POZA

Óleo sobre tela

70x55 cm

1994



RUMBO A MI CASA EN LAS MONTAÑAS

Óleo sobre tela
90x70 cm
2001



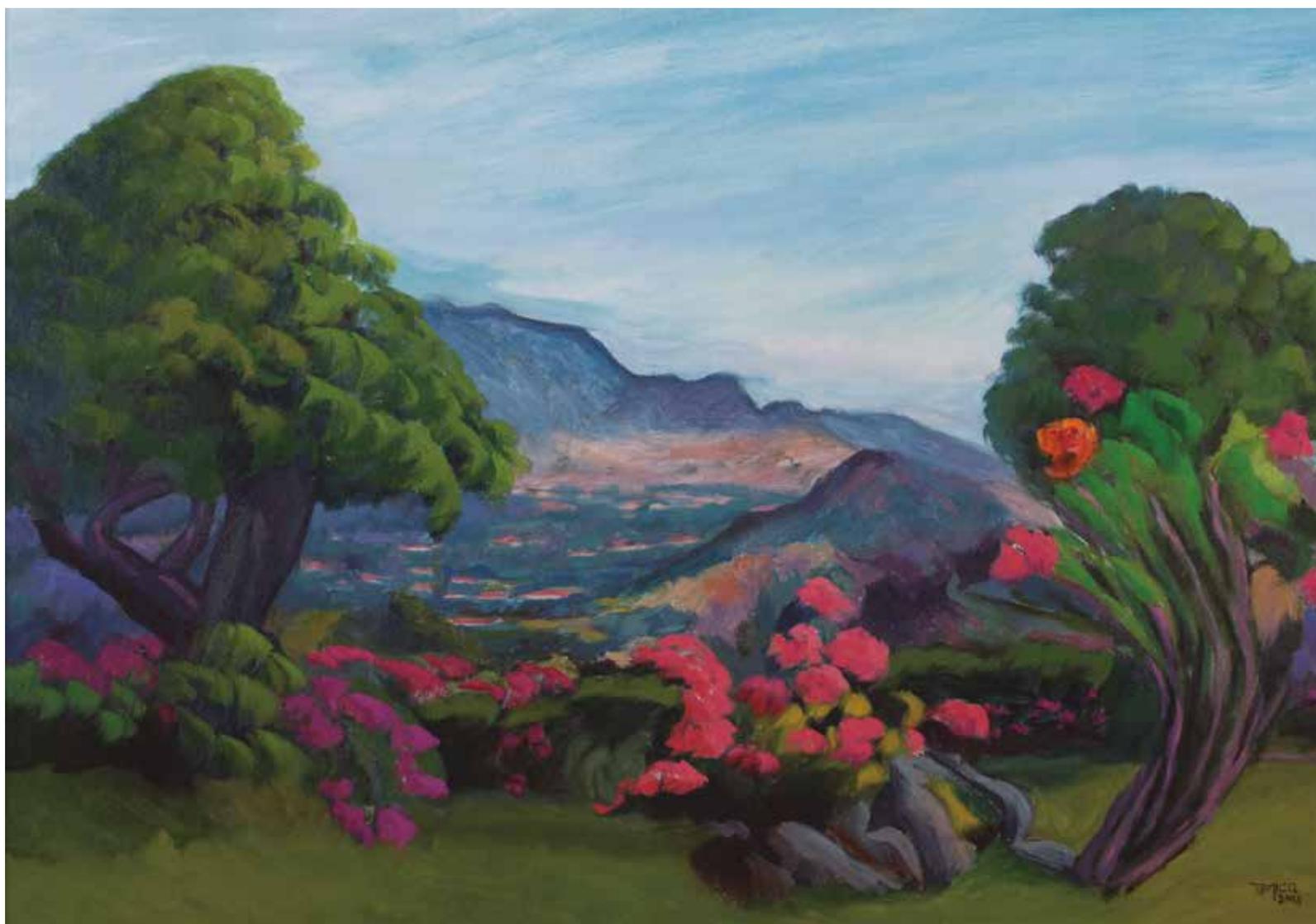
JARILLAS EN LA MONTAÑA

Óleo sobre tela
90x60 cm
1995



VEREDA A SANTO DOMINGO

Óleo sobre tela
70x50 cm
1998



VISTA DESDE POSADA TEPOZTECO

Óleo sobre tela
100x70 cm
2003



CABALLOS FRENTE A LA MONTAÑA

Óleo sobre tela

90x70 cm

2003



MILPA ESPIGADA

Óleo sobre tela
80x60 cm
1994



MONTAÑAS CON FLORES AMARILLAS

Óleo sobre tela

70x50 cm

2002



VÍBORA Y MONO

Óleo sobre loneta
100x60 cm
1992



MI CALLE NAYZAC

Óleo sobre tela
100x70 cm
2011



JARILLA FRENTE A LA PUERTA ENCANTADA

Óleo sobre tela

80x70 cm

2013



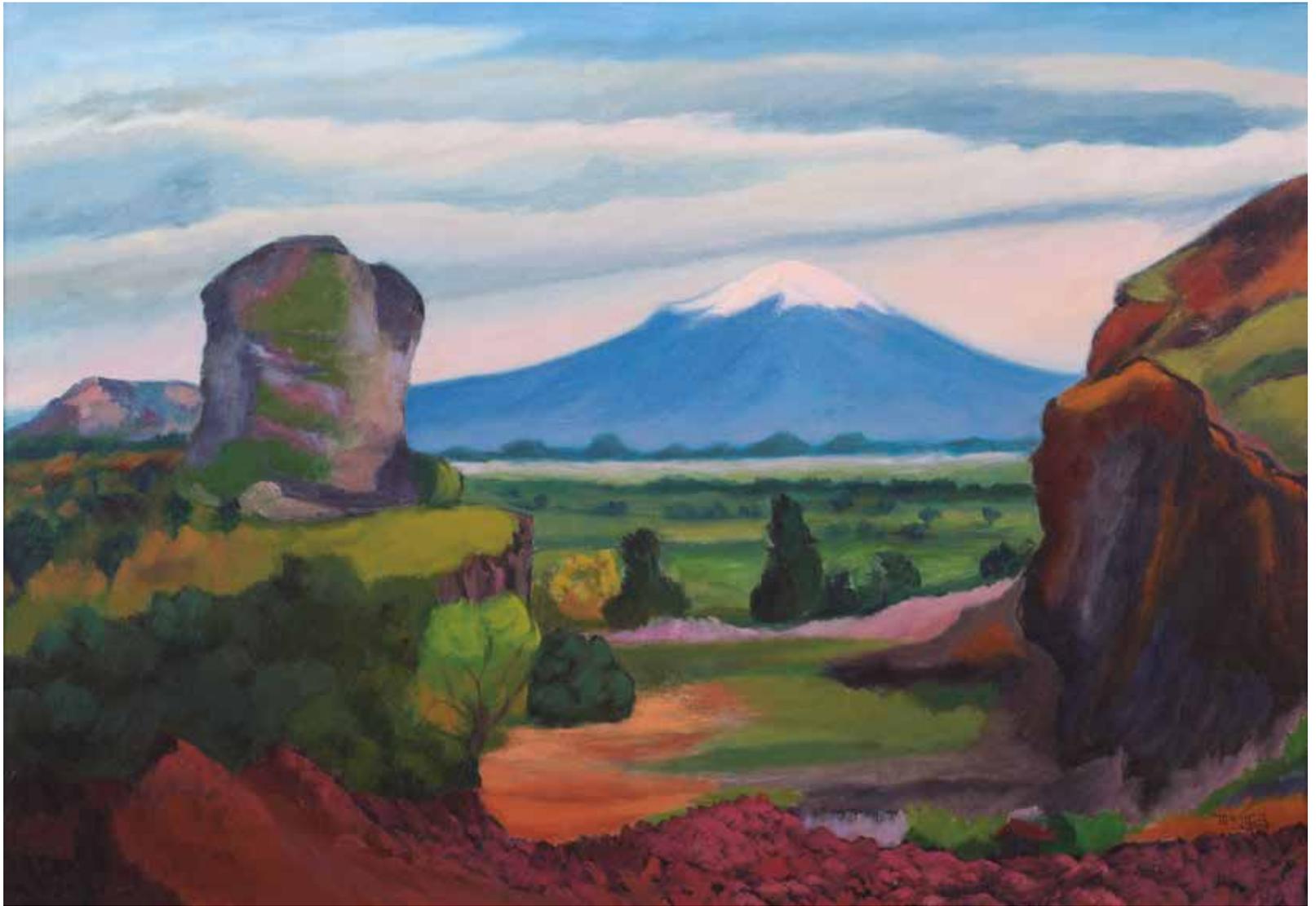
LOMA AMARILLA Y VOLCÁN

Óleo sobre tela
100x70 cm
2005



VOLCÁN CON TEXCAL

Óleo sobre tela
120x70 cm
1995

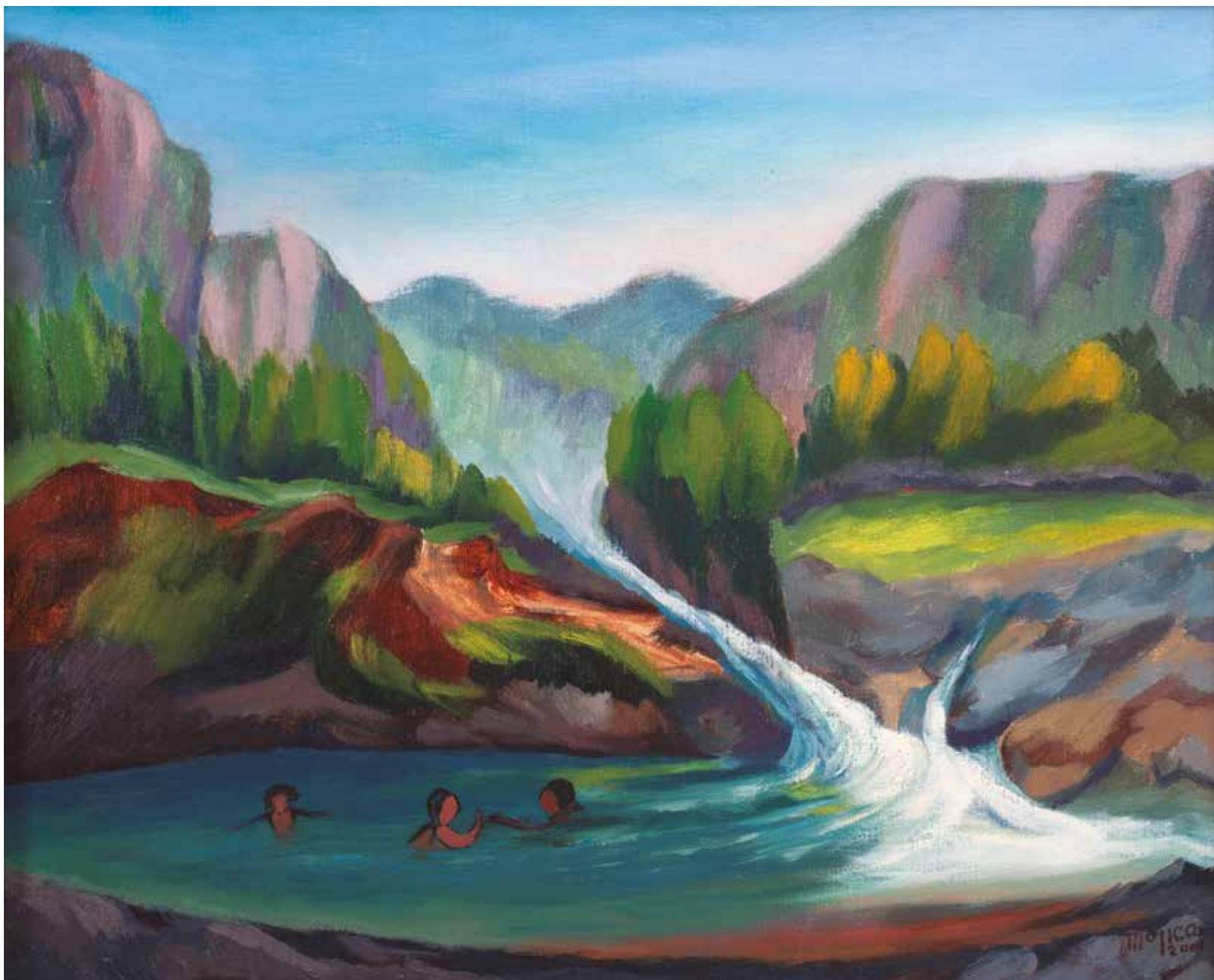


MINA DE TEZONTLE CON VOLCÁN

Óleo sobre tela (espátula)

35x25 cm

1997



POZA EJIDAL

Óleo sobre tela

40x50 cm

2001



VOLCÁN NACARADO

Óleo sobre tela
125x90 cm
2009



HOJAS SECAS BAJO EL ÁRBOL

Óleo sobre tela

100x70 cm

1998



NADANDO EN EL LAGO

Óleo sobre tela

80x60 cm

2002



PATIO DE HACIENDA

Óleo sobre tela
90x70 cm
1993



ÁRBOL SECO SOBRE EL RÍO

Óleo sobre tela

100x70 cm

1996

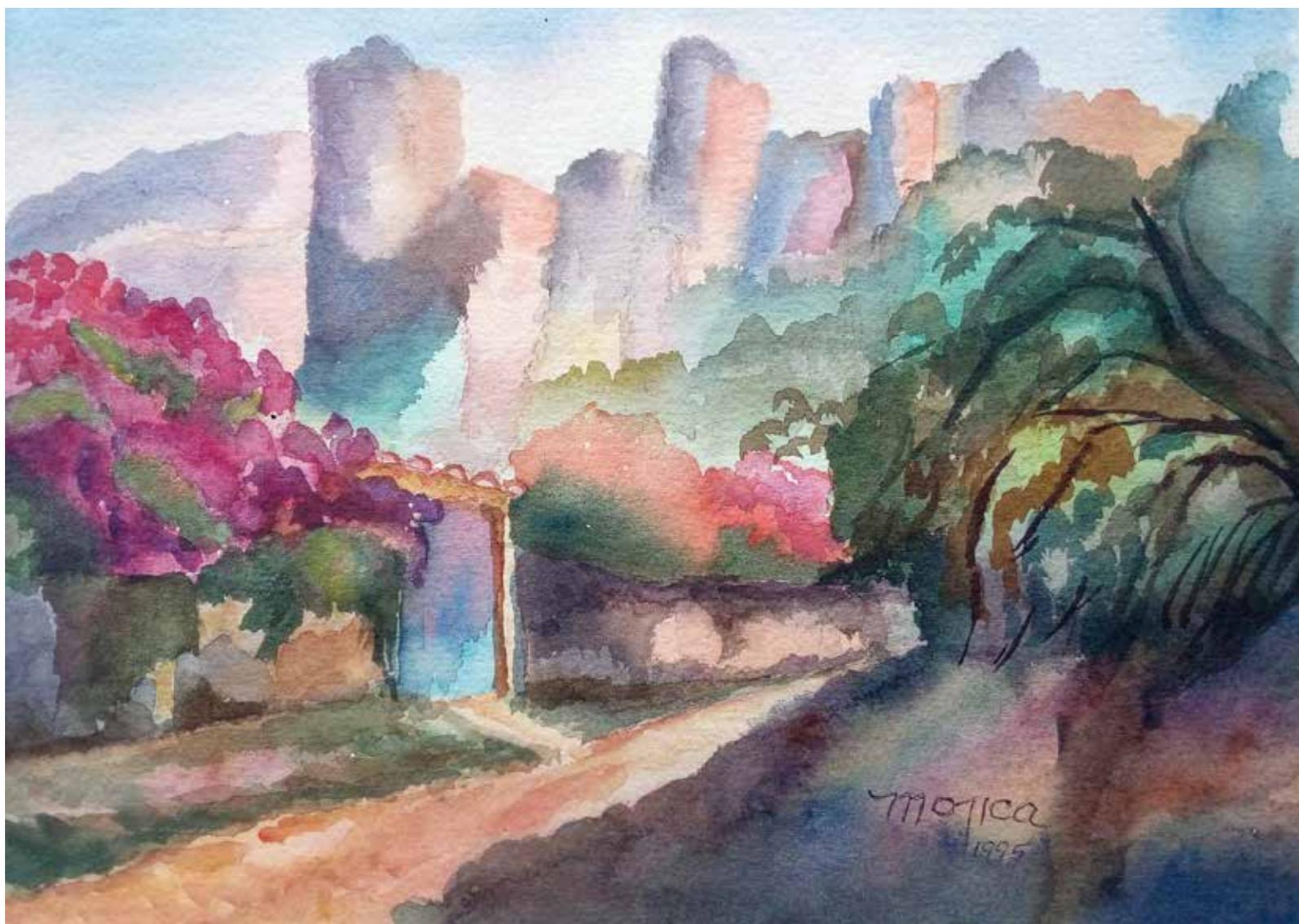


VERDE FRENTE AL PUEBLO

Óleo sobre tela
80x80 cm
1998



ACUARELA

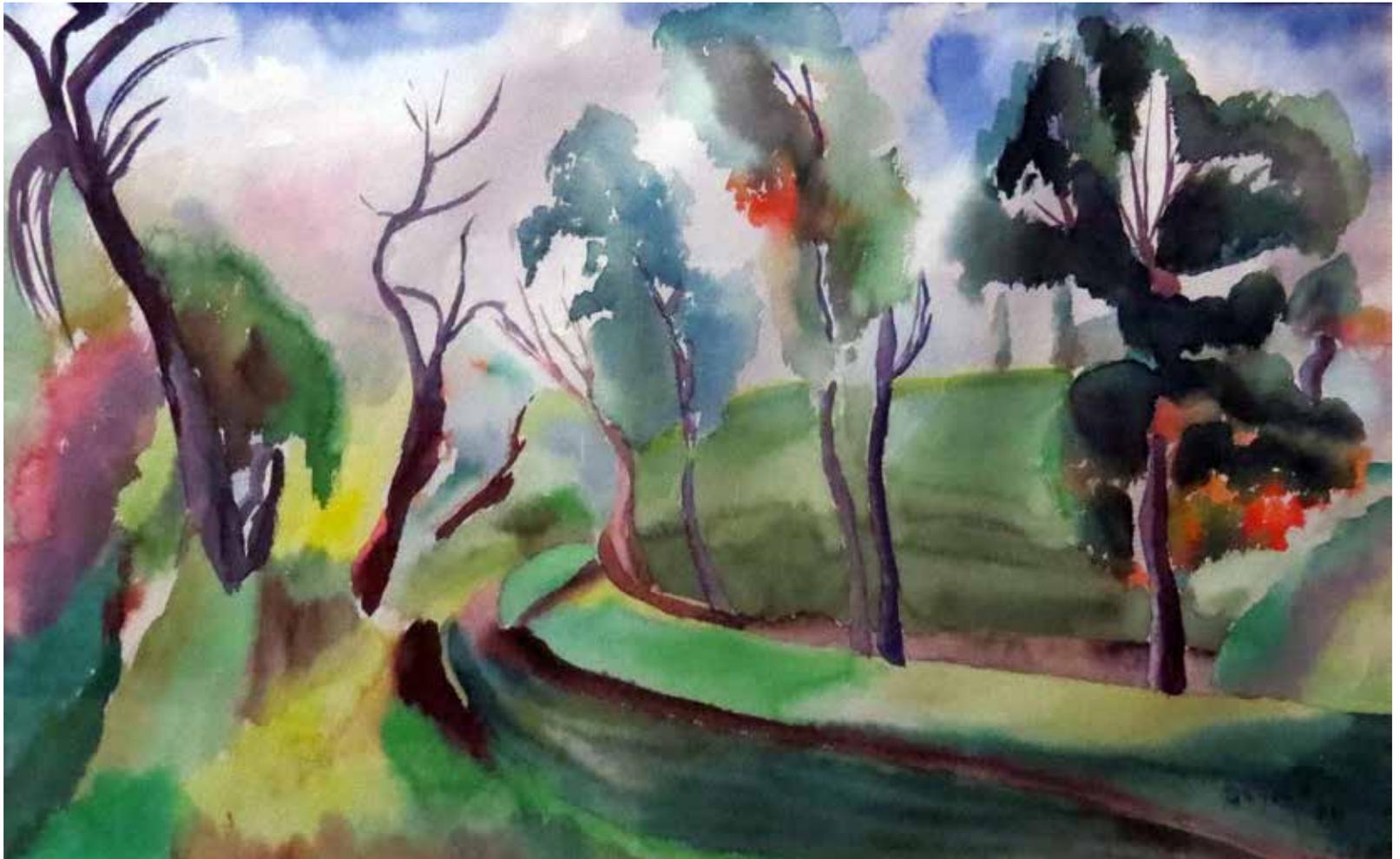


ACHICHIPICO, CAMINO REAL A SANTO DOMINGO

Acuarela sobre papel

31.5 x 23 cm

1995



AGUA-VERDE

Acuarela sobre papel

55 x 35 cm

1976

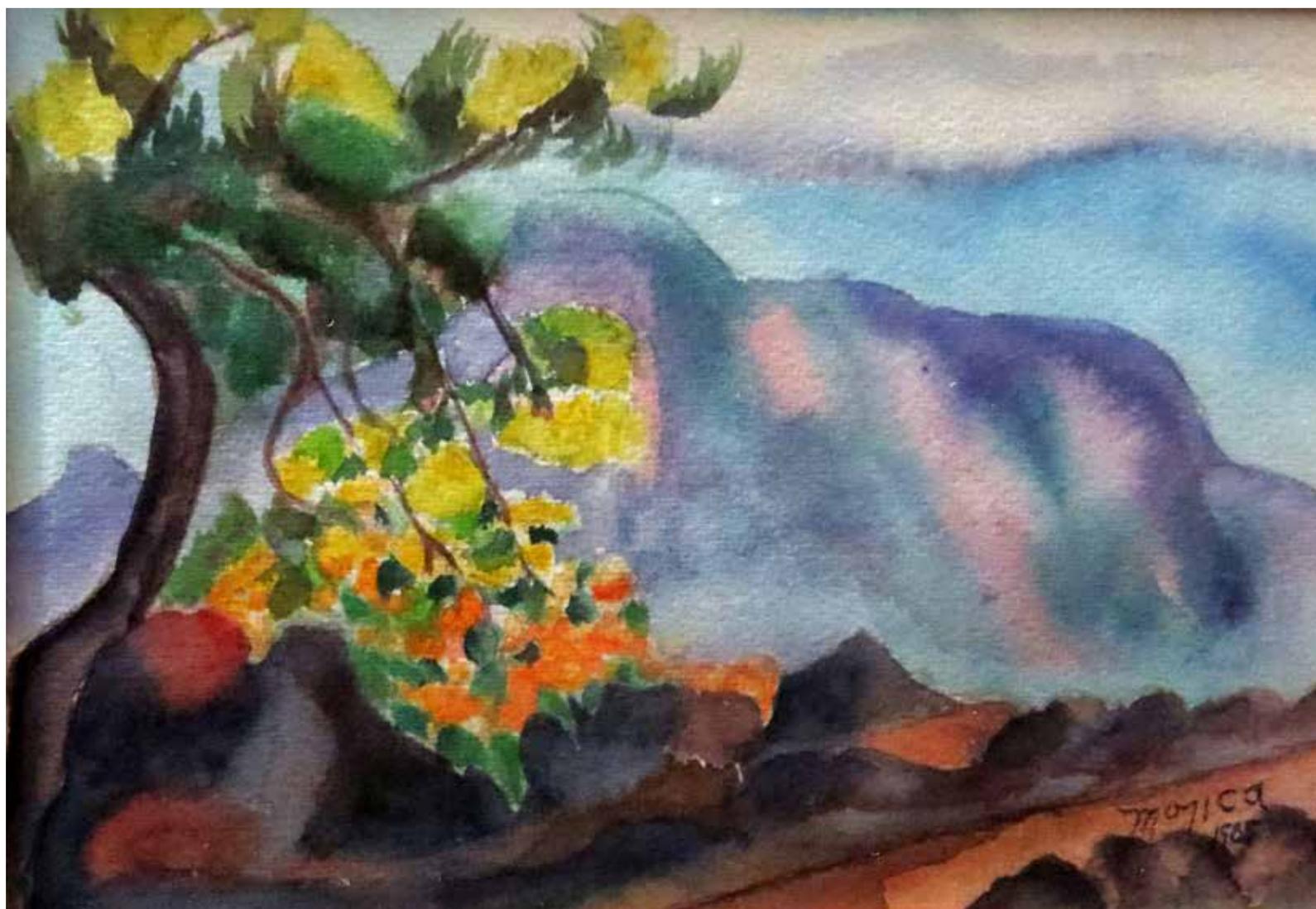


ÁRBOL CON ARROYO

Acuarela sobre papel

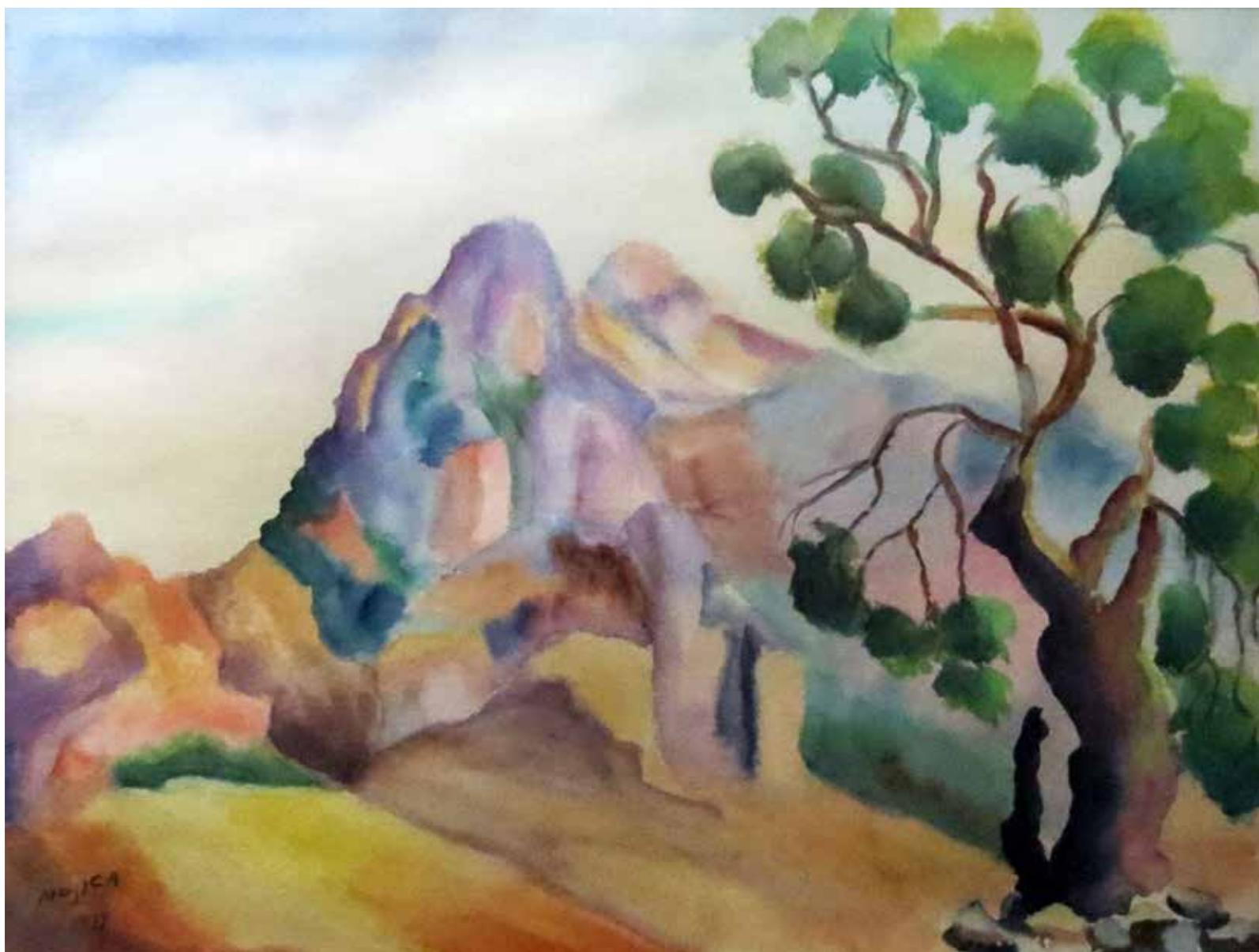
35 x 55 cm

1976



ÁRBOL CON FLORES AMARILLAS II

Acuarela sobre papel
15 x 22 cm
1985



ÁRBOL CON MONTAÑA

Acuarela sobre papel

65 x 50 cm

1979



ÁRBOL EN LA CAÑADA

Acuarela sobre papel

36 x 52 cm

1977

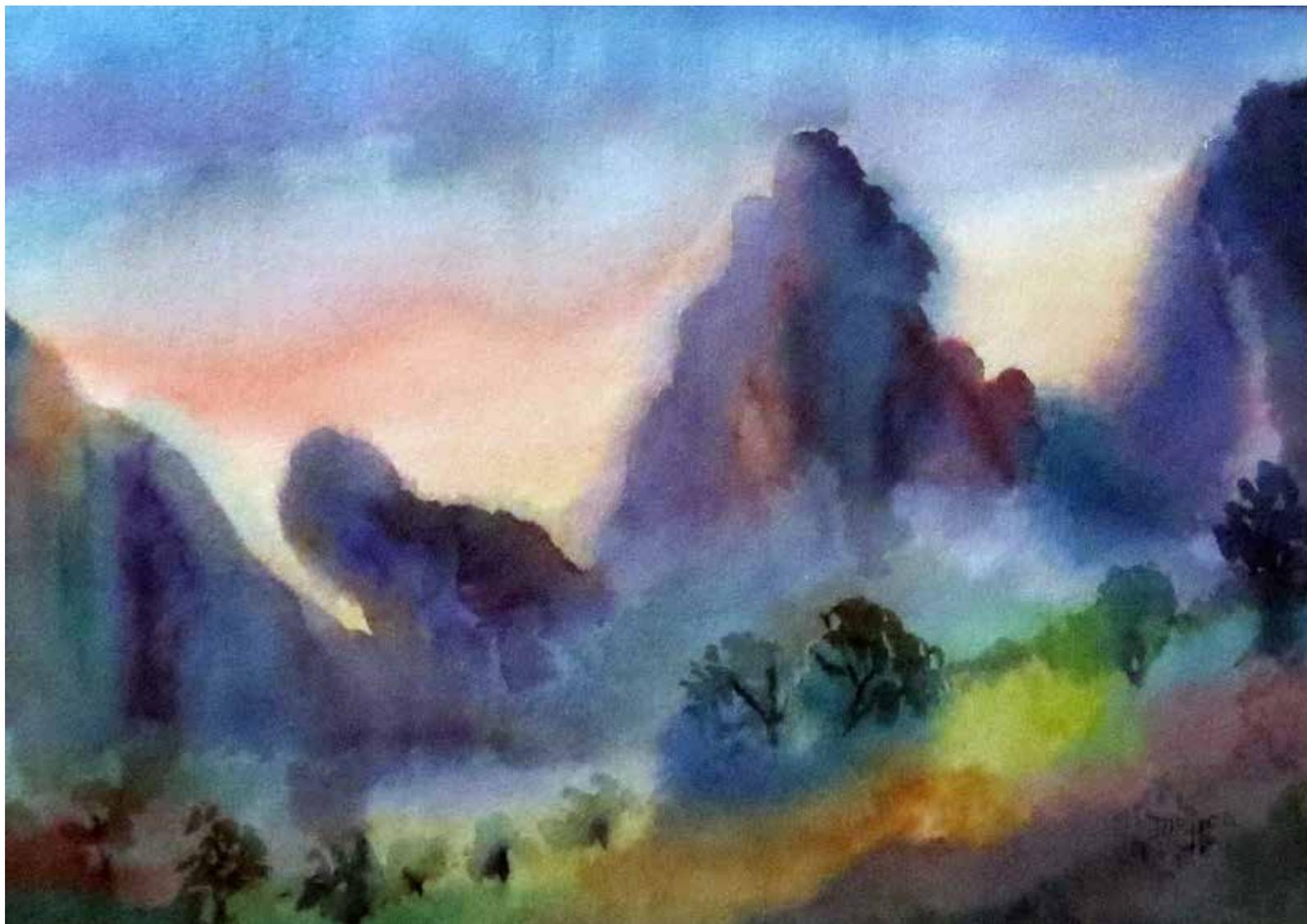


ÁRBOL FLORIDO SOBRE EL CAMINO

Acuarela sobre papel

34 x 23 cm

1977



ÁRBOLES BAJO LA MONTAÑA

Acuarela sobre papel

36 x 50 cm

1977



ÁRBOLES CON VOLCÁN

Acuarela sobre papel

50 x 35 cm

1975



ÁRBOLES EN PRIMAVERA

Acuarela sobre papel

55 x 35 cm

1977



CALLEJÓN EN METEPEC

Acuarela sobre papel

40 x 53 cm

1978



CALLEJÓN EN OAXACA

Acuarela sobre papel

47 x 34 cm

1978



CEMPASÚCHIL

Acuarela sobre papel

15 x 22 cm

1985



CERRO CHALCHI Y AMARILLO LIMÓN

Acuarela sobre papel

33 x 24.5 cm

1977



CERRO DE LA LUZ

Acuarela sobre papel

20 x 15 cm

1987



CREPÚSCULO

Acuarela sobre papel

50 x 35 cm

1978



DESFILE DE ROSAS

Acuarela sobre papel

25 x 15 cm

1988



EL CAMINO, TEPOZTLÁN, MORELOS

Acuarela sobre papel

34 x 23 cm

1977



GRUPO DE ÁRBOLES

Acuarela sobre papel
40 x 30 cm
1979



IBIZA

Acuarela sobre papel

35 x 25 cm

1979



LA MARTINA

Acuarela sobre papel

55 x 35 cm

1981



LAGO Y CREPÚSCULO EN MICHOACÁN

Acuarela sobre papel

24 x 15.5 cm

2009



LAS TRES MONTAÑAS

Acuarela sobre papel
35 x 50 cm
1987

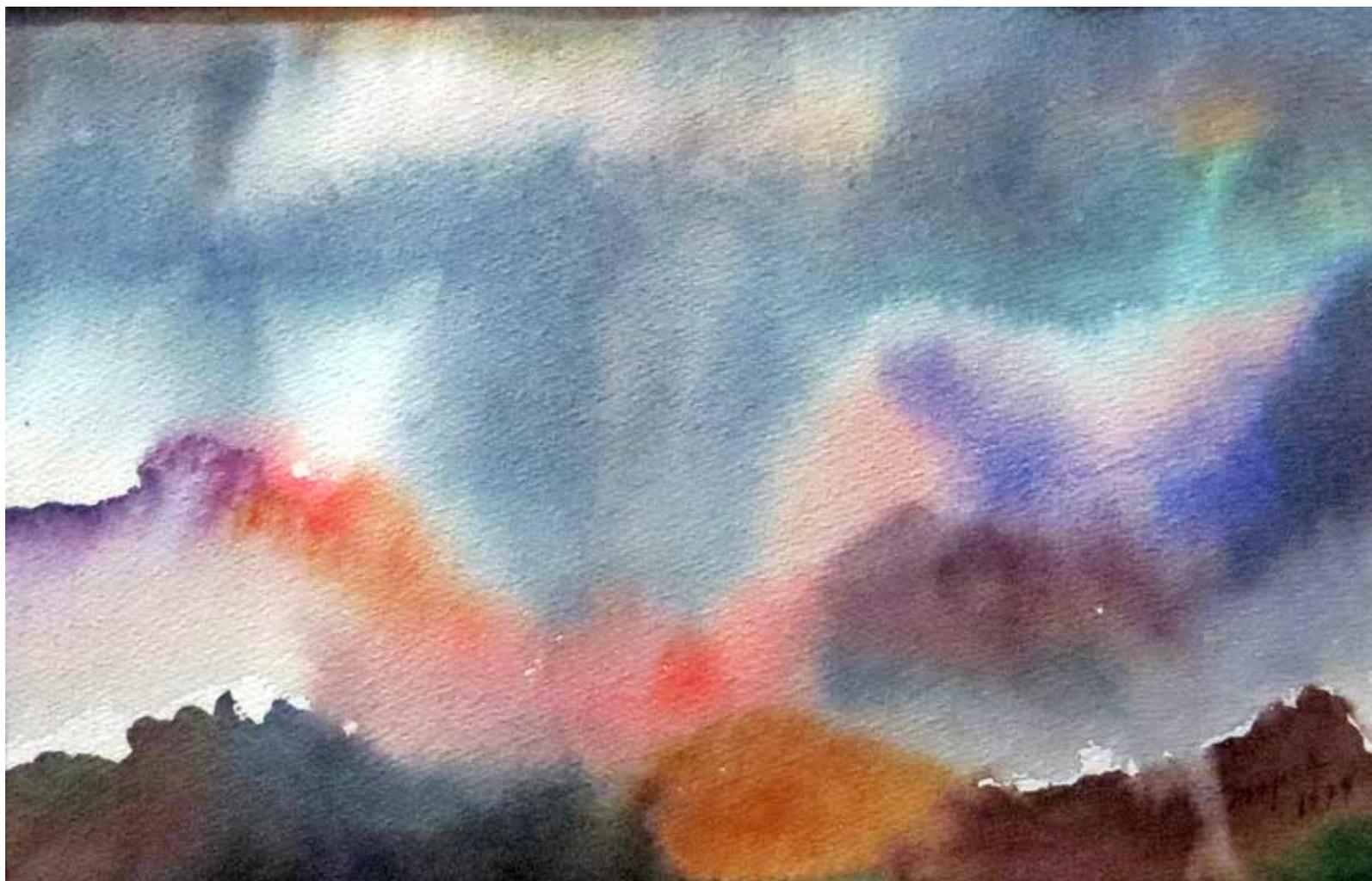


LAVANDERAS

Acuarela sobre papel

51.3 x 35 cm

1985



LLUVIA

Acuarela sobre papel

22 x 34 cm

1979



LLUVIA SOBRE EL CERRO

Acuarela sobre papel
18 x 13 cm
1981

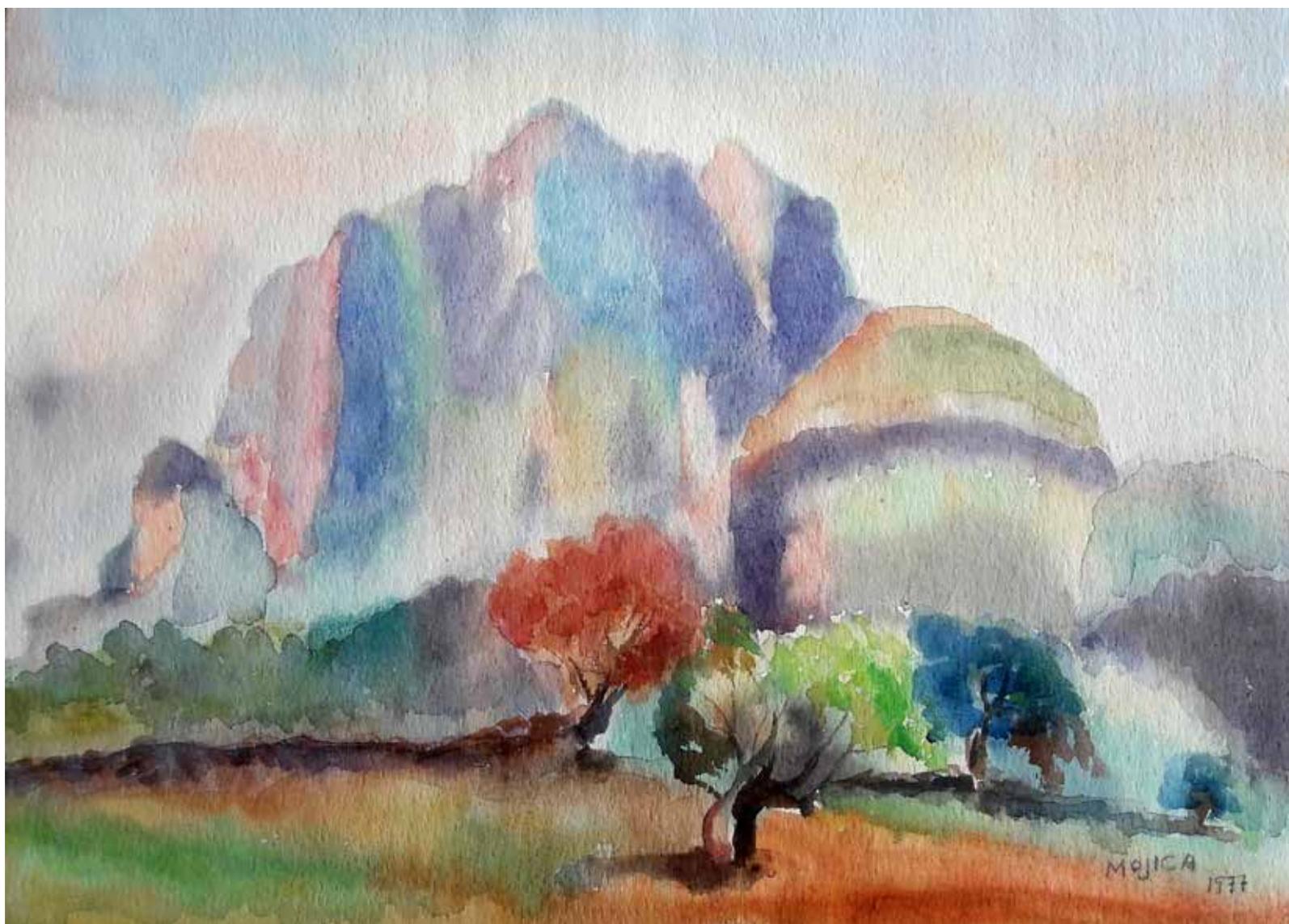


MANCHA, CERRO

Acuarela sobre papel

52 x 35 cm

1990-1995



MONTAÑA CON ÁRBOL SIENA Y AZUL DE PRUSIA

Acuarela sobre papel

51 x 38 cm

1977

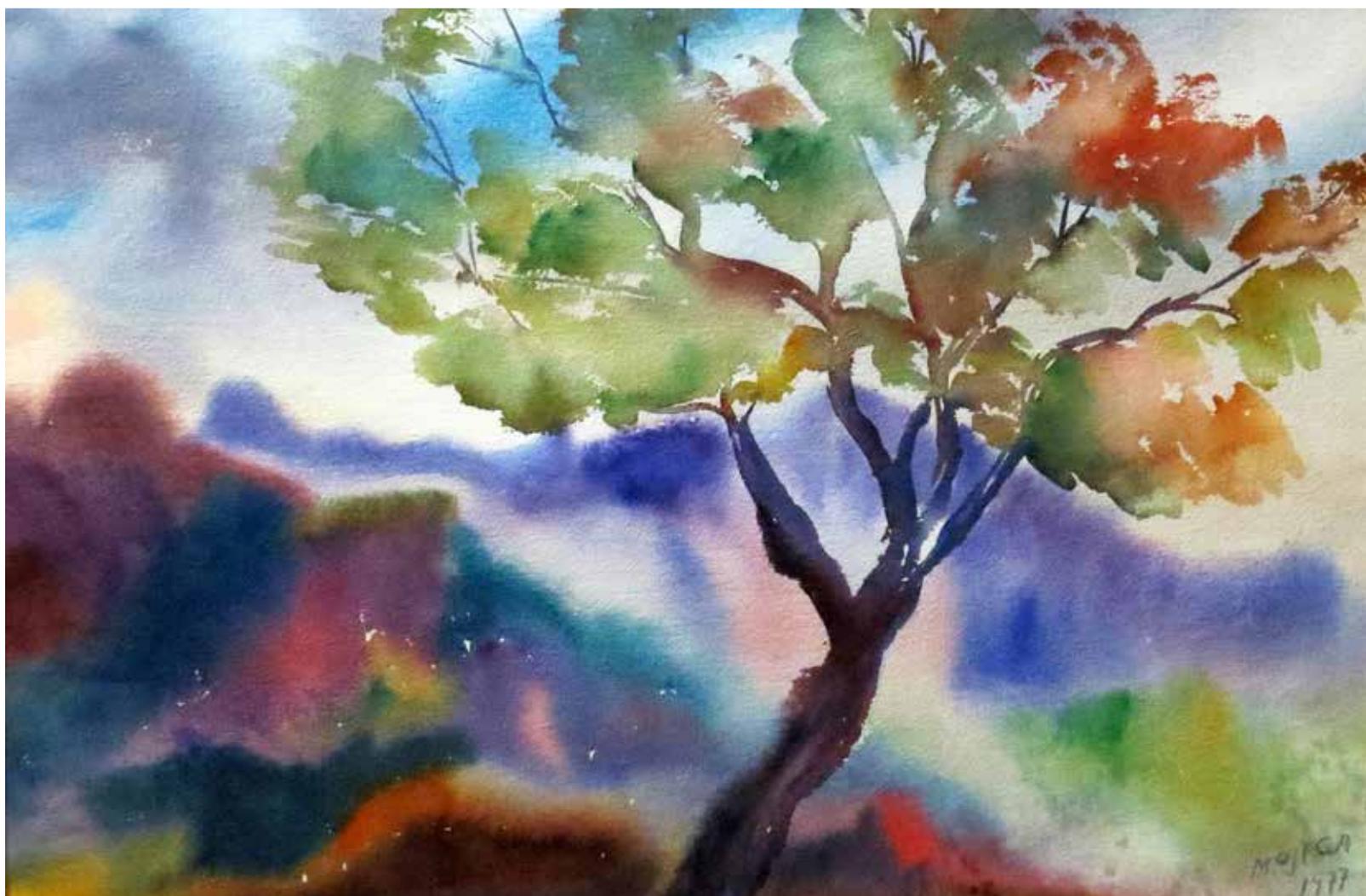


MONTAÑA EN SINALOA

Acuarela sobre papel

25.5 x 16.5 cm

2009

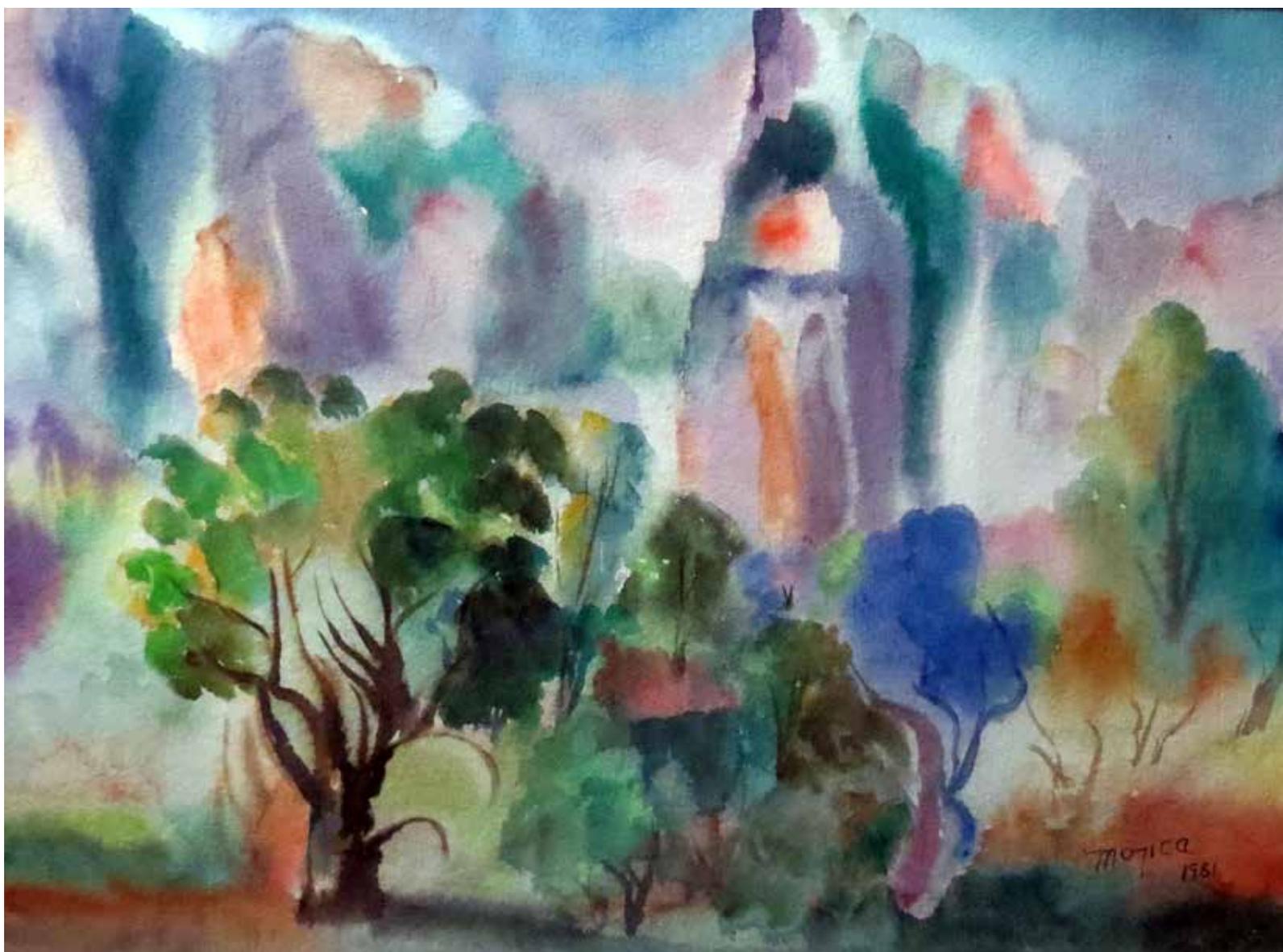


MONTAÑA VIOLETA CON ÁRBOL II

Acuarela sobre papel

36 x 52 cm

1977



MONTAÑAS MÁGICAS

Acuarela sobre papel

50 x 35 cm

1981



PARCELA DORADA

Acuarela sobre papel

35 x 53 cm

1978



PRIVADA NAYZAC Y PRIMAVERA

Acuarela sobre papel

50 x 35 cm

1978



ROCA-CHIVO

Acuarela sobre papel
50 x 35 cm
1978



RUINA ABANDONADA EN EL VALLE

Acuarela sobre papel

52 x 37 cm

1977



SUBIDA A LA IGLESIA, CHICONCUAC, MORELOS

Acuarela sobre papel

30x 24.5 cm

1977



TORMENTA EN LAS MONTAÑAS

Acuarela sobre papel

38 x 55 cm

1981

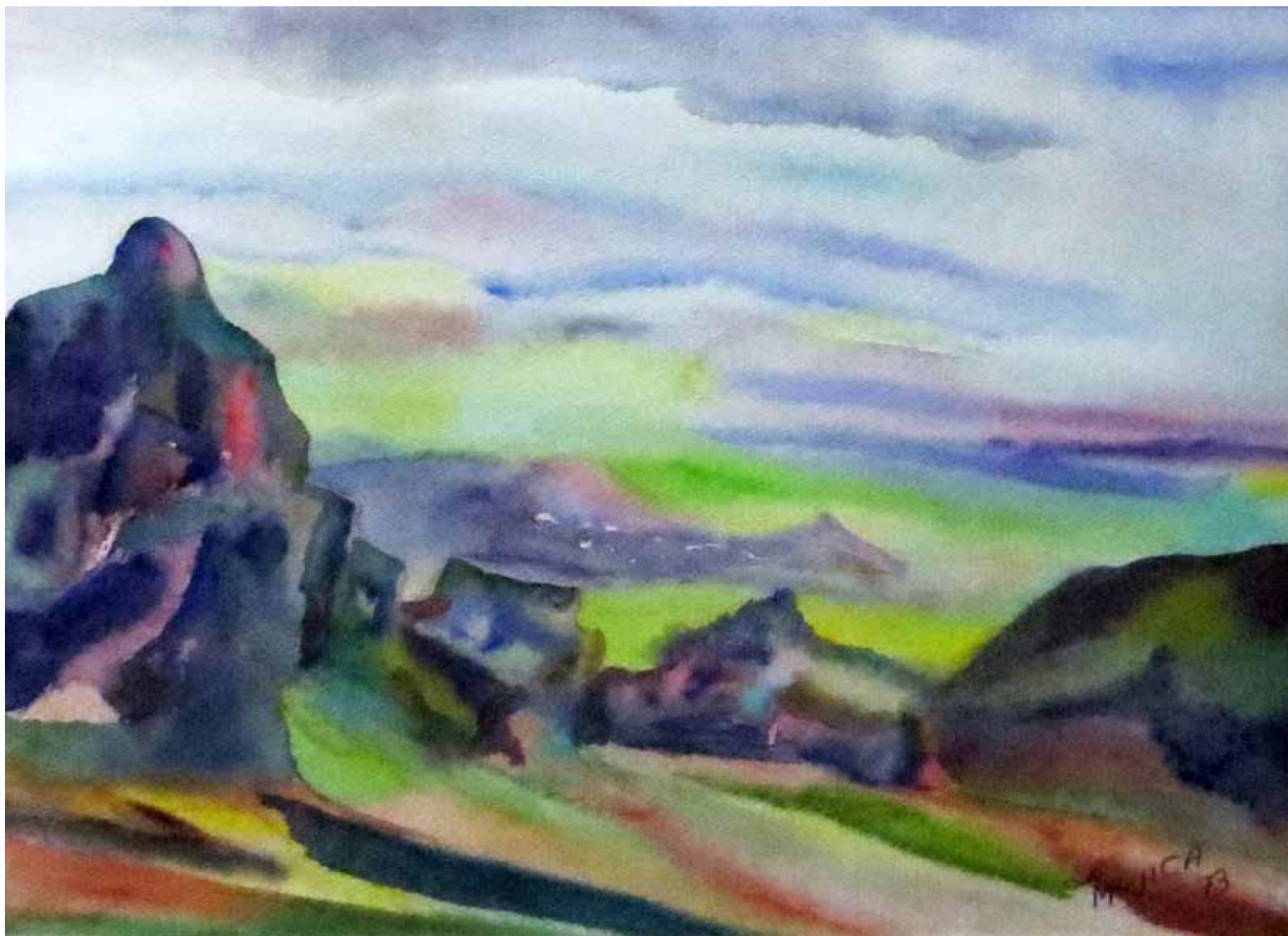


TRES ÁRBOLES FRENTE A LA MONTAÑA

Acuarela sobre papel

35.5 x 38 cm

1977



VALLE DEL CERRO DEL TESORO

Acuarela sobre papel

46 x 34 cm

1973



VEREDA CON NIÑOS

Acuarela sobre papel

18 x 28 cm

1975



ARTURO MOJICA DELGADO: RESUMEN DE VIDA CREADORA

Arturo Mojica Delgado nació en 1925, en Ciudad Altamirano, Guerrero. A partir de los 13 años radicó en Cuernavaca, Morelos. Durante un tiempo, colaboró con el maestro David Garfias, de quien recibió un gran impulso para continuar su trabajo artístico. Posteriormente, tomó clases como oyente en la Academia de San Carlos, en el entonces Distrito Federal (D.F.).

A partir de 1945 participó en la elaboración de los murales del vestíbulo del Cinema Ocampo en la capital del estado de Morelos, obra a cargo del artista español Juan Eugenio Mingorance, quien lo invitó después a colaborar en otro mural. Durante este tiempo, Mingorance pintó algunos cuadros impresionistas en México, que de alguna manera influyeron en el ánimo de Arturo. Entre 1946 y 1949, Arturo Mojica desplegó una gran actividad artística, participó en exposiciones colectivas en Bellas Artes, colaboró con Mignorange en los murales de la Finca "La Herradura", en el D.F. Inauguró su primera tienda de materiales para artistas, que al mismo tiempo hizo de galería. Conoció a Diego Rivera, a Rufino Tamayo, a Roberto Cueva del Río —acuarelista y muralista—, a Héctor Andrade y a Alejo Jacobo, con quienes establecerá una amistad profunda y fructífera. Todos estos amigos se convirtieron en grandes mentores para él, pues fueron decisivos e influyentes.

De 1977 a 1981, Arturo Mojica realizó una gran cantidad de exposiciones en México y en el extranjero: Instituto Nacional de Bellas Artes, Museo de la ciudad de México, Galería Lanai. Expuso también en Lima, Perú, y en Ibiza y Barcelona, en España. Los diez años siguientes (1981-1991), se dedicó a viajar y a pintar, alejándose un poco de las exposiciones. En sus lienzos se refleja el campo de la Europa de la segunda mitad del siglo xx. Produjo cuadros cuya luz y paisajística forman una amalgama de temas dentro de su línea pictórica. Críticos de arte, de la importancia de Alfonso de Neuvillate, José Luis Colín, Hugo Covantes y Miguel Bueno, escribieron sobre su producción plástica, con lo que impulsaron su trabajo.

En 1992, el gobierno del estado de Morelos le rindió un homenaje en las instalaciones del Jardín Borda, en Cuernavaca. Ahí, Mojica llevó a cabo su primera gran muestra retrospectiva, con la presentación de más de 300 cuadros al óleo y acuarela, rebosó las 14 salas y mostró la evolución de su pintura a lo largo de cuatro décadas. El gobierno de Morelos editó un libro-catálogo con parte de los cuadros que integraron la muestra, bajo el título de *Retrospectiva*. Esta exposición formó parte de los grandes momentos de su vida profesional; fue inaugurada por el entonces gobernador del estado, Antonio Riva-Palacio.

De 1992 a 2009, el maestro Mojica realizó más de 30 exposiciones, individuales y colectivas, en distintas ciudades del país y del mundo. En este último año presentó la retrospectiva *El orgullo de ser uno mismo*, con 270 obras, en la Galería de Arte Arnold Belkin del Instituto Politécnico Nacional.

Días antes de su muerte —en febrero de 2021—, Arturo Mojica Delgado siguió pintando; subía al elevador para llegar al segundo piso de su casa, donde tenía un hermoso estudio lleno de luz, de obras de arte y de piezas prehispánicas.

